

# GENII

— sociología —  
ciencia — literatura



Editorial. — Fontaura: Martín Buber en la trayectoria del anarquismo. — Avelock Ellis: La mujer y la naturaleza. — Sebastián Faure: Pobres y ricos. — J. Muñoz Congost: Por un combate anarquista. — El socialismo y el Estado. — M. Cima: Cultura y generosidad. — Vladimir Muñoz: El primer número del semanario «El Hombre». — Las jerarquías en la naturaleza. — Mercedes Rubio: Tarde de sensaciones. — Moisés Martín: En busca de una salida. — Frases de hombres célebres. — Juan María Guyau: La expresión de la vida en el arte. — Ramón Liarte: Causas determinantes de la regresión española. — R. Flores Magón: Los ilegales. — Emilio Muse: La población y los alimentos en el mundo. — Andrés Prunier: A propósito de una pretendida ciencia de la revolución. — Igualdad. — Abarrátegui: El mismo hombre en otra tierra.

# 188

Mayo-Junio 1969

REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 1,50 F.





## NUESTRA PORTADA

**G**UARDIA Civil sin alma y sin entrañas. Llamada benemérita como insulto y escarnio de la lengua castellana, tendría que llamarse lo que en realidad es: falange del crimen y la muerte.

Sobre la parda y virgen geografía española, se alzan los castillos fabulosos del medievo. Ellos representan la vieja España que no ha sabido evolucionar y que muere retorciéndose como una serpiente encrespada sobre el horizonte como si quisiera impedir el paso al progreso.

Prisionera y lacerada, la libertad lanza su grito de protesta llamando a los hombres justos para librar el supremo combate por el derecho a la vida con dignidad y respeto. La vaga astronomía de los fusiles de la guardia civil, silueteando el negro panorama de la hora de ahora, incapaces serán de vencer el noble imperativo de la justicia social.

Rauda y esplendorosa, victoriosa del dolor y la vesania, por encima de la esclavitud y el genocidio, la paloma simbólica del amor humano y de la paz universal, vuela surcando el espacio, llevando en su pico delicado y puro el Mensaje venturoso de los que por amarse tanto saben luchar, sufrir y morir por alcanzar el triunfo de la causa de la libertad.



### REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

#### REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

#### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

#### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE



(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Mayo - Junio de 1969

N.º 188

## EDITORIAL

# Libertad y dignidad

**L**a libertad es vida hecha sentimiento y razón, porque no hay verdadera vida sin libertad. El hombre, en el curso de su existencia, es un ser encadenado por infinidad de lazos visibles e impalpables. Cada hombre lleva en sí mismo el deseo de conseguir la libertad porque sabe que la esclavitud es el peor de los males. De ahí que los libertarios seamos la vanguardia de lo más libre y limpio que conocerse pueda. Decir anarquía es decir libertad. Porque sin jugar con los vocablos, una voz y otra son la palabra exacta y precisa que expresan todo cuanto nosotros decir queremos y cuanto por haberlo dicho ya, se llama anarquía; es decir, liberación integral del hombre.

La lucha por la libertad es permanente y eterna.

Si una libertad debe imperar como base de todas las libertades del género humano, es la libertad depensar que ningún gobierno debe atropellar. De ahí que el conocimiento, por ser libre, evolucione sin cesar hacia nuevas formas de cultura y civilización. Cada hombre tiene derecho a pensar como mejor estime conveniente; pero tiene la obligación moral de ser digno hasta cuando abandona un pensamiento, una idea, una doctrina o creencia. Sin dignidad, el hombre se convierte en un harapo. Y sólo lo que es consciente puede saber lo que es la libertad.

En las filas del anarquismo militante organizado no atamos a nadie. El que permanece a nuestro lado es porque quiere y debe estar. Y el que se va es porque se había equivocado de casa. Numerosos son los que nos han abandonado en el curso de un siglo de luchas. Unos por cansancio, otros por interés; algunos por traición y han existido incluso los que reconociendo la exactitud interior de nuestros objetivos, no han tenido fuerzas para proseguir el combate anarquista que es la tarea liberatriz de toda la humanidad.

No todos los hombres anónimos o de talento que han pasado por nuestros medios han tenido la misma contextura ética y moral. Formados y dados a conocer en nuestros cuadros de lucha, se pasaron a otras confesiones y partidos para medrar y enriquecer. La suerte quiso que unos fuesen poderosos. Pero hemos visto a muchos tirados en la cuneta de la vida, pasando a formar parte de las falanges de los ex-hombres.

Por ser libertarios respetamos todas las formas de pensar siempre que se utilicen armas generosas y nobles para defender las ideas íntimas del hombre. Hay muchos que al elegir, se equivocan. No conocen sus verdaderos gustos e inclinaciones. Existen en esta costanera los que se aperciben de «su» error con suma rapidez. Por contra, los hay que cambian de opinión tarde y con daño.

No parece bien que el que no sea libertario se vaya donde la veleta movida por el viento le indique y mande. Pero en buena lógica y decencia hay que pedir, nada más, nada menos, un grado de grandeza de alma, de altura mental y moral. ¿Es explicable qué, quien se ha pasado una vida glosando el anarquismo, de la noche a la mañana diga pestes contra sus



mejores hombres, oculte todas las virtudes, recaliente todos los defectos de condición humana, y negándose a sí mismo, pretenda negar lo más sagrado de una doctrina, que es sin duda, el respeto a un pasado y la dignidad presente? Quién así se comporta no solamente se había engañado; es que ha engañado durante cuarenta años a los demás. Y eso es imperdonable. Las ideas que un hombre dice haber sentido son demasiado grandes para que se las arrastre, llenándolas de lodo, rencor y odio.

Piensa como quieras, pero no dejes de ser hombre si es que lo fuiste un día. Obra como mejor estimes pertinente, mas ten en cuenta que la vida pueda decir de ti: con todos sus errores y defectos fue un hombre de bien. Y si no se es eso, es que no se es nada. Ni sombra engañosa, ni recuerdo respetable. NI NADA. ¿Habrá pobreza mayor que la de no sentirse capaz de guardar el respeto a la propia vida del pensamiento? Pues a eso y más se llega cuando en vez de cultivar la fraternidad se entrega el individuo a la envidia vil y venenosa que paraliza los sentidos, no dejando ver ninguna perspectiva clara. Tal es el poder negativo del rencor.

Dos ejemplos elocuentes entre otros muchos que podríamos citar de respeto a lo que fue su pasado anarquista los encontramos en la vida de dos hombres de Estado. Nos referimos a Clemenceau, quien en plena victoria política no le faltó memoria ni dignidad para defender a Sacco y Vanzetti, colocando a los dos mártires en el vértice más alto del ideal. Eso es comportarse haciendo honor a un pasado. Otro ejemplo a retener es el de Martínez Barrio, elevado al calor de los Saavedra, Sánchez Rosa y otras luminarias del anarquismo; el hombre que se fuera a la política tenía un respeto imponente por los anarquistas y el concepto libertario de la vida, ya que afirmaba que nuestras ideas son la encarnación más acabada de la dignidad y la libertad, dos términos inseparables y unidos para siempre.

Pero no se puede pedir que los pigmeos sean gigantes ni los tarados perfectos. No obstante, un grado mínimo de lealtad a la conciencia es preciso si se tiene estima personal y respeto a los demás.

El ejercicio ordenado de la libertad prepara al hombre para cumplir misiones que merecen ser tenidas en cuenta. Por eso debemos defender la libertad como la propia vida. Mas la libertad es un producto digno que no se puede pisotear caprichosamente. Cuando el hombre llega a concluir que quien no piensa como él es su enemigo número uno, nada sabe del respeto a la persona humana. Eso es carlismo puro, inquisición moderna, relajamiento del valor más esencial del ser. Mas no hay que inquietarse. Estos casos de soberbia vana y desmedida no son nuevos. Se han dado y se presentarán una y mil veces. Lo que sucede es que quienes así proceden pierden el tiempo y lo hacen perder a los que luchan de una manera altruista y generosa.

No hay nada más bello que ver nacer un hombre dispuesto a trabajar por la perfección de sus semejantes. No hay nada más sagrado tampoco que presenciar la muerte digna del hombre bueno y justo que se nos lleva los mejores afectos para convertirse en flores depositadas en su tumba. Pero que triste y lastimoso es ver como vive sin pena ni gloria el que se niega y reniega de los suyos... En esa sombra blanqueada, cadáver insepulto que se pasa las horas desgarrando a sus antiguos compañeros de ruta, al desaparecer para siempre, no podrá decirse: «Aquí yace un hombre.» Y el epitafio que procedería escribirse en su tumba que será olvidada debería ser: «Aquí yace quién, por no saber comportarse como hombre, odió al mundo.»

Es indigno de llamarse hombre libre el que se comporta como un vulgar tirano allí donde puede dominar y someter a sus iguales. La libertad merece sacrificios indecibles y obligaciones insoslayables. Unicamente así se consolida y se desarrolla cada día, mereciéndola honestamente. Y es que nos está permitido ser libres a condición de no coartar la libertad de los otros. La filosofía de la libertad no admite metas finales ni trabas despóticas. Ella es la idea-madre del hombre porque lo engrandece y dignifica todo.

Creemos cada día nuevos valores. Conciencias generosas formadas por los sentimientos más refinados de la fraternidad. Quien odia no puede ser anarquista. Que anarquismo es magnanimidad, cordial acogimiento y mano abierta a las más exquisitas comprensiones. Tolerancia y respeto como normas de conducta para no tener necesidad de guardias civiles ni guardias rojos.

¿Te has equivocado de casa? Márchate en buenahora. Pero ten presente una cosa: que aquí te enseñamos a ser hombre y, que si no aprendiste bien el oficio, no fue por falla nuestra, sino por tu grandísima culpa. Ya ves: tú que te creías el único y su propiedad, has pasado a ser una ruina ambulante. Pero aún puedes hacer algo por ti mismo: cuando vayas a atacar otra vez a los que fueron tus amigos y compañeros, tus maestros y educadores, ten en cuenta una cosa: que un hombre puede no ser anarquista; pero todo anarquista tiene que ser nada menos que todo un hombre digno y libre. Y que no hay nada peor, ni más horrible, que no ser una cosa ni otra.



## TIEMPO PRESENTE

# Martín Buber en la trayectoria del anarquismo

por FONTAURA

### EL TOMAR EJEMPLO DE NUESTROS CLÁSICOS

**N**O hace ahora al caso el abundar en consideraciones repitiendo lo que tanto se ha dicho y se dice al respecto del conocimiento que la cultura proporciona. No es cosa de puntualizar, con la consiguiente argumentación, el valor intelectual, el alcance de los conocimientos que pueden adquirirse mediante los libros. Ello es harto sabido para concederle aquí detenida referencia. Pero si en sentido general puede resultar ocioso, quizás no sea inadecuado el tomar algunos particulares antecedentes que, por venir de quienes proceden, alcanzan para nosotros, libertarios, indudable valor de ejemplaridad.

Se trata de hilvanar algunas reflexiones alrededor de ciertos métodos de estudio que podemos notar prevalecieron entre nuestros clásicos. Pero antes importa precisar: En literatura, en filosofía, en sociología inclusive, es frecuente notar que se hace alusión a los «clásicos», lo que supone aludir a quienes pueden, por su grado de conocimientos, por su notable perfección intelectual, en cierto modo, servir de modelo. Con ello se alude también a los iniciadores, a los maestros, etc. Si al anarquismo, en tanto que tendencia social, queremos referirnos, hemos de convenir que parte de una serie de pensadores, con cuyas obras, con los textos que nos legaron, se han ido articulando lo que acostumbramos a definir como «nuestros postulados ideológicos». Ya en este sentido, bien podemos mencionar, de entre los más conocidos clásicos del anarquismo, a Godwin, Proudhon, Bakurín, Kropotkin, Reclus, y Nettlau. Se trata de puntualizar que cada uno de los citados, adoptando, a título simbólico, aquel repetido ejemplo de la abeja, que libando el néctar de una y de otra flor elabora su propia miel, así ellos iban gestando sus teorías gracias a que captaban, de unos y de otros autores, las ideas que les parecían más favorables a sus concepciones que consideraban fundamentales.

Nuestros clásicos estaban «a la page» de todo aquello que en el orden intelectual alcanzaba relieve en el periodo por ellos vivido. Como vía de ejemplo patentizando lo apuntado, podemos referirnos a dos de nuestros pensadores: Pedro Kropotkin y Eliseo Reclus. De cada uno de los citados tomemos dos obras, «El apoyo mutuo» y la «Ética», del pri-

mero; en cuanto al segundo, veamos «El hombre y la tierra» y la «Geografía universal». Para dejar sentadas sus respectivas concepciones, uno y otro buscaron documentarse, trataron de conocer no solamente teorías, apreciaciones formuladas por autores del pasado, sino que recogieron datos, compulsaron teorías de sus contemporáneos. Las citas, las referencias de autores, de las que dejaron constancia en los capítulos de sus libros lo patentizan de un modo harto elocuente.

Obviado es el decir que, en plan de estudio, es apropiado hacer como ellos hacían. Constituye un ejemplo que es aconsejable seguir, dentro, naturalmente, de las condiciones mentales propias de cada uno.

Como en todos los tiempos, hay en la época que atravesamos elementos que en el orden del saber, en tanto que valores intelectuales, han adquirido renombre: Escritores, artistas, poetas, filósofos, sociólogos, científicos, etc. Sus ideas, sus concepciones, sus obras, se comentan por ahí; se discuten. Destaca al respecto de algunas figuras algo así como un halo de notoriedad, que puede colegirse será cosa pasajera, como lo son todas las modas, limitado, como lo es el brillar de las estrellas fugaces, que pasan sin dejar huella. En lo que atañe a otros elementos ya no es lo mismo. Son mentalidades de excepción. Dejan en el ambiente de los conocimientos surco hondo, ya que menosprecian lo efímero, lo superficial. Sus ideas tienen la virtud de dejar una impronta de inquietud espiritual en la mente de aquéllos que han tenido interés en captarlas. ¡Bien diferente de los autores cuyos escritos adolecen de una mayúscula hinchazón retórica, plagada de grandilocuentes lugares comunes, huecos, inconsistentes, rimbombante fraseología sin contenido medular que incite a la reflexión suscitando incluso ideas antagónicas entre sí,

De entre los libertarios, por supuesto, cada uno es como es, y no anda muy extendida que digamos la propensión al estudio, a la indagación, puesta la curiosidad en atalayar el horizonte de las ideas fuera de los caminos trillados. Y en pos de novedades; buscando vigorizar y dilatar los propios conocimientos, aquéllos que fueron nuestros maestros ya se ha dicho que nos dieron el ejemplo. Plausible empeño ha de ser tenerlo en cuenta y obrar en consecuencia.



## UN FILOSOFO DE AHORA

**M**ARTIN BUBER, que nació en Viena en 1878 y murió en Jerusalén el año 1965, por sus ideas, tal vez pueda ser considerado uno de los filósofos más atentos a las realidades del mundo en que vivimos. Entre sus concepciones se destacan matices de un valor medular que particularmente a nosotros, en tanto que libertarios, nos pueden incitar a la reflexión.

Hijo de familia acomodada, cursó filosofía en las universidades de Viena, Leipzig, Berlín y Zurich. Inclinado al movimiento sionista y a los estudios hebraicos, tomó parte en congresos y dirigió importantes revistas de carácter cultural en el mundo judío internacional. Fue profesor de filosofía en la universidad de Francfort. Cursó filosofía social en la universidad de Jerusalén. Dio conferencias, abordando temas filosóficos en diversas instituciones culturales de los Estados Unidos, así como en Alemania, en Holanda, y en la Sorbona, de París. En 1952 le fue otorgado en Alemania el Premio Goethe y el Premio de la Paz de parte de la entidad Editores alemanes. En 1963 se trasladó a Holanda, para recibir en Amsterdam el Premio Erasmo, en tanto que obsequio por su contribución al patrimonio cultural de Europa.

Al margen de sus colaboraciones en distintas publicaciones de índole cultural, Buber escribió varios libros, casi todos en alemán, habiendo sido traducidos algunos de ellos a diversos idiomas. De entre sus obras más representativas, destacan «Camino de Utopía», traducción castellana publicada por la Editorial Fondo de Cultura Económica, de México. «Le problème de l'homme» ha sido publicado en traducción francesa por la prestigiosa casa editora parisina, especializada en obras de filosofía: Abier-Editions Mouton. También en la serie «Philosophes de tous les temps», que se sigue publicando por Editions Seghers, se ha editado recientemente un estudio con respecto a Martín Buber por parte del profesor de la Sorbona Robert Misrahi.

Es de interés capital si queremos examinar, siquiera sea de un modo escueto aquellas concepciones de Buber que concuerdan y refuerzan, por así decir, apreciaciones ácratas, saber que tuvo relación, fraternal amistad con el pensador anarquista alemán Gustavo Landauer. Posiblemente las teorías del autor de «Incitación al socialismo» influyeron vivamente en sus concepciones sociales. También recibió el influjo de algunas obras de Kropotkin, al que cita y comenta, al igual que hace con Landauer, en el libro «Camino de Utopía».

Puede aducirse que Martín Buber es un pensador cuyas apreciaciones fundamentales tienen un valor incuestionable ante los problemas que origina nuestro tiempo. Cuando el gregarismo, la ausencia de dignidad humana preponderan entre las masas, Buber batalla en pro de un afianzamiento de la personalidad mediante vínculos de solidaridad. Busca el arraigar en los individuos un concepto humanitario de la existencia, susceptible de rechazar esas apetencias de lucro, de exacerbado goce

material que embota la sensibilidad para todo lo que no sea el disfrutar de los bienes de nuestra denominada «sociedad de consumación», con una total indiferencia al respecto de los factores morales, honra de las civilizaciones. En concordancia con el sentir de Landauer, Buber estima que, sin esperar las contingencias del futuro, siempre incierto, quienes sientan la necesidad de manumitirse de la explotación del hombre por el hombre; aquéllos que se sienten reacios los mismo a trabajar a sueldo de otros que a vivir del trabajo ajeno, están en el caso de intentar llevar por delante ensayos susceptibles de facilitar núcleos de convivencia en lo económico y en lo moral, como deseaban establecer los denominados «utopistas» del siglo pasado: Fourier, Cabet, Owen, y otros. Mas, naturalmente, Buber se atiene a las realidades del mundo presente. De ahí el que dedicara no pocos de sus escritos a glosar la importancia de los «kibutz» israelíes, las notables experiencias comunitarias que han sido el asombro del mundo por los excelentes resultados obtenidos al margen de intervenciones patronales y estatales.

Es por los motivos esbozados que Martín Buber entra en la categoría de aquellos pensadores que, sin ser de una formación ácrata propiamente dicha, en sus interpretaciones en torno a la vida y la sociedad aducen argumentos que a los anarquistas nos son favorables, como se podrá convenir al leer las citas de escritos suyos que se anotarán más adelante, en el presente trabajo. Ya en sus apreciaciones sionistas, en sus estudios en torno al hebraísmo, sus modalidades históricas y filológicas; en sus escauceos de textura propia del misticismo, esa «filosofía eterna» de que hablaba Aldous Huxley, no nos interesa, como tampoco teníamos en cuenta las apreciaciones deístas de un León Tolstói, acerca de quien, con minuciosidad casi exhaustiva en los detalles, el profesor Paul Eltzbacher, en su tan comentada obra «Los anarquistas», lo considera uno de los siete pensadores más representativos del anarquismo, colocado en este sentido junto a Godwin, Proudhon, Stirner, Bakunin, Kropotkin y Tucker.

Nos place, en suma, el ir siguiendo el hilo de los razonamientos de Buber cuando critica la vigente estructura social, las arbitrariedades presentadas con oriflama, con señuelo de progreso.

## VALORIZAR AL HOMBRE

**P**ARA Buber el individuo en sí queda harto limitado si no alcanza a crear contacto con otro, o con otros. Es la relación del *yo* al *tú* lo que crea indudablemente los vínculos sociales del verdadero humanitarismo. Ello da un alto sentido a la reciprocidad. En castellano todos conocemos el proverbio que dice: «Amor con amor se paga». He ahí el fundamento de la reciprocidad que ensalza Buber en su libro «El problema del hombre». Y junto a una tal deducción, agrega, como lógico corolario, la responsabilidad. El individuo es natural que se haga responsable de la relación, del afecto, del compromiso que promete,



o que efectúa al respecto de otro. Responsables del deber moral de corresponder en términos análogos a quien, con nosotros se hayan portado con nobleza de sentimientos. He ahí diseñada la base de una relación, de una convivencia sin cortapisas de intereses. He ahí lo que fundamenta la fraternidad positiva (sin la vacuidad que conlleva la rutina) que le cabe tener en cuenta y cumplir al anarquista en su relación con los afines.

Lo que el autor de «Caminos de Utopía», refiriéndose a una auténtica fraternidad humana, aconseja en sentido general, situándose en la línea de los humanistas de todos los tiempos que han expuesto sus consideraciones éticas independientemente de grupos o tendencias político-sociales, ¿cómo no aceptarlo los libertarios, poniéndolo a la práctica y difundiénolo al propio tiempo? Lo ideal ha de ser que la expresión «fraternal», o «fraternalmente» depase el simple sentido formulario para encarnar en la pura realidad con todo su alcance significativo. Que los vínculos de fraternidad pasaran a transmutarse de lo meramente simbólico a lo efectivo, a lo practicado con todo el calor del afecto sincero. Es lo que nos enseña — repito — es lo que podemos aprender de las ideas de Martín Buber los libertarios.

Dice: «Existe un infranqueable abismo entre el diálogo que se ofrece en audición al mundo entero en las tribunas y el diálogo verdadero que compromete directamente las únicamente solas conciencias compañeras, colocadas en situación exclusiva de un frente a frente. En este caso, si los compañeros auténticamente mantienen la relación, uno al respecto del otro; si hablan sin reservas mentales, entonces de su comunidad puede nacer algo fecundo que en ninguna parte ha de ser posible hallar.»

Es teniendo en cuenta ampliamente el sentido de lo expresado como puede cimentarse la base ideal del compañerismo, de la camaradería. Es así como ha de poder tomar cuerpo la afinidad positiva, no la de tono verbal, inconsciente, precaria.

Manifiesta Buber que «el conocimiento filosófico del hombre es por esencia el examen de sí mismo». Resulta evidente que al tratar de conocer, de examinar la conducta y la manera de ser de los demás, se debería echar una mirada a nuestra propia idiosincrasia. Convengamos que ello debe de ser un tanto difícil, puesto que siempre se ha podido comprobar la existencia de elementos, incluso en ambiente libertario, con predisposición a tomar aire de meritores; pretendiendo ser poco menos que jueces de los demás, sin dar prueba de conocer ostensibles defectos en ellos peculiares, y que, como vulgarmente se dice, «saltan a la vista». El socrático «conócete a tí mismo», que tanto acostumbraba a prodigar Han Ryner, que dicho sea de paso, guarda cierta relación, ya no solamente doctrinal con Martín Buber, sino que incluso — rara casualidad — en lo físico, ambos pensadores tenían acusada semejanza, desgraciadamente el tal precepto no va mucho más allá, en cuanto a su aplicación, de la simple teoría.

Frente al aburguesamiento de las masas, deslumbradas por el espejuelo de los bienes materiales; contra la alienación del individuo bajo los totalitarismos estatales, Buber parte del principio que cuando el hombre usa de su poder de abstracción al objeto de examinar su **mundo circundante** entra de lleno en la posibilidad de reaccionar en contra del barullo de lo superficial y de lo nocivo a los principios de la libertad. De ahí la importancia trascendental que ha de tener el pulsar los resortes psicológicos susceptibles de avivar la conciencia.

«Nuestra época — aduce Buber — ha visto paralizarse el alma del hombre en tres aspectos sucesivos: El primero ha sido la técnica. Inventadas para servir al hombre que trabaja, las máquinas lo han tomado a su propio servicio. Ellas ya no representan más, como en el caso de las herramientas, una prolongación del brazo humano; el hombre es prolongación de ellas; llega a ser periféricamente, una articulación mecánica para llevar y captar. El segundo aspecto es el de la economía. La producción, inmensamente ampliada para llegar a abastecer a un número acrecentado de hombres de cuyos objetos tienen necesidad no ha conseguido llegar a un estado de razonable coordinación; es como si la producción y la puesta en valor de las mercancías depasaran al hombre en su actividad mecánica sustrayéndole a su dominio. El tercer aspecto ha sido el adueñamiento político. Con miedo de más en más acentuado, el hombre se ha visto expuesto, tanto en la guerra como en otros aspectos, a potestades inabordables.» Y es teniendo en cuenta esta inextricable confusión de factores morales y materiales predominante en nuestra época, que importa deslindar bien los campos.

Tengamos en cuenta que ya no basta, que ya no es suficiente esgrimir como acicate de proselitismo y lucha aquello de «la emancipación proletaria». Si los proletarios **emancipados** se dejan englutir por los bienes que ofrece la sociedad burguesa, y a su vez se aburguesan, creídos de que con vacaciones pagadas, con automóvil propio, con nevera y televisor ya han llegado a la meta de la emancipación entonces habrá que dar la razón a muchos de los universitarios rebeldes, y a aquellos «provos» holandeses aduciendo que ya no se puede contar con el proletariado propiamente dicho para una conmoción de tipo revolucionario. Claro que es una aserción que no vale el aceptarla con rigorismo sociológico, habida cuenta que surgen y pueden surgir a manera de lo que en biología se denominan «mutaciones bruscas», o sea sorpresas tales como en el caso de las jornadas de huelga general en Francia, en los pasados meses de mayo y junio de 1968. Pero tengan en cuenta aquellos compañeros anarquistas cuya actividad se ha circunscrito casi siempre a la modalidad sindical, que hay otros factores que en nuestros días es de importancia conocer para que el anarquismo en tanto que movimiento social entre en una fase de prometedora actividad.



## UTOPIAS Y REALIDADES

**B**UBER, identificado con todo aquello que contenga savia de libertad, contrario, por lo tanto, a todos aquellos principios que buscan, con unos u otros postulados, dominar, hacer prevalecer con la fuerza material lo que no se consiga por una especie de poder de sugestión fundado en abstrusas cobinaciones dialécticas, ha estudiado convenientemente las teorías marxistas. De ahí que haga notar la obsesión peculiar en los fieles de Carlos Marx, al tratar despectivamente como cosa utópica toda concepción que llegue a diferenciarse, en fas o por nefas, a las afirmaciones **pontificales** dictadas por el maestro...

En la obra «Caminos de Utopía» leemos: «Victor Hugo llamó a la utopía «la verdad de mañana». El anhelo espiritual llamado socialismo utópico, que parece condenado a estar divorciado de su época, prepara la futura estructura de la sociedad: «prepara», puesto que no existe un curso de la historia necesario en sí, independiente de la decisión del hombre. Es evidente que esta tendencia tendrá que conservar formas de comunidad aún existentes y animarlas con un espíritu nuevo. Sobre el portal del centralismo marxista está escrita por tiempo indefinido la inscripción con la cual Engels resumió en una ocasión la tiranía del mecanismo automático de una gran fábrica: «Lasciate ogni autonomia voi ch'entrate» («Vosotros, los que entréis aquí, renunciad a toda autonomía»); el socialismo «utópico» lucha por el máximo de autonomía comunitaria posible dentro de una reestructuración de la sociedad».

Al igual que Herbert Read (otro notable humanista de nuestro tiempo) Martín Buber pone singularmente el acento en el factor educación, considerando que en ella radica la base propiciadora a una gestación de hombres conscientes, éticamente evolucionados. Por estimarlo así, al trazar un análisis somero de las tesis aportadas por distintos pensadores de los tildados «utópicos», señala unas consideraciones de Owen que cree muy puestas en razón: «Hasta ahora nadie ha sido educado según principios que le permitan actuar en unión, como no sea para defenderse o para aniquilar a otros. Mas una necesidad igualmente poderosa obligará ahora a los hombres a educarse para actuar juntos, para crear y conservar.»

Sí, bastante después de Owen, se ha desarrollado una intensa labor de educación con miras a despertar conciencias, a formar, por así decir una humanidad nueva. Dentro del ambiente libertario — que es el que particularmente nos interesa estudiar — por su actividad han destacado no pocos elementos: Sebastián Faure, Clemencia Jaquinet, Ferrer Guardia, Anselmo Lorenzo, Pierre Ramus, Paul Robin, Eleuterio Quintarilla, y tantos y tantos, más o menos conocidos, que en la tarea pedagógica de alcance racionalista pusieron empeño y competencia. Mas, por un conjunto de circunstancias que sería interesante analizar, tan buena obra educativa se ha ido amortiguando hasta quedar reducida a una total inoperancia. ¿Llegará el anarquismo in-

ternacional a comprender cuán necesario sería reavivar unas tareas educadoras de suma importancia en nuestros días? No conviene el ser pesimistas, a pesar de todo...

A Buber le complace el sentido antiautoritario de la mayoría de aquellos a quienes se ha tildado de «utopistas». Identificado con las concepciones federalistas de Proudhon, le reproduce estas líneas: «La causa primera de todos los desórdenes que afligen a la sociedad, de la opresión de los ciudadanos y de la ruina de las naciones, consiste en la centralización exclusiva y jerárquica de los poderes públicos; es preciso acabar cuanto antes con ese enorme parasitismo.»

En su obra «Caminos de Utopía» Buber comenta favorablemente diversos matices de las opiniones de Kropotkin, singularmente las que aquél desarrolló en su libro «El apoyo mutuo». Con precepción abierta a las más perfectas estructuras del futuro, el autor de «La conquista del pan» rehuye todo aquello que pueda tener el menor detalle de carácter dogmático. Convencido de ello, comenta Buber: «Ni uniformidad ni fijación definitiva, tal es el sano sentimiento fundamental de Kropotkin. Como él mismo dice, hay que aspirar al «más completo desarrollo de la individualidad, asociado al mayor desarrollo de la asociación voluntaria en todos los aspectos, en todos los grados posibles, para todos los fines imaginables: una asociación siempre variable que contenga los elementos de su duración y adopte las formas que en todo momento se adapten mejor al múltiple esfuerzo de todos». Y, a modo de complemento, Kropotkin insiste aún en 1913: «Nos imaginamos la estructura de la sociedad como algo que nunca queda definitivamente constituido.»

El contacto asiduo con Gustavo Landauer, la convergencia en las apreciaciones, originan el hecho de que Martín Buber use de medios expresivos peculiares en la manera expresiva de su amigo. De ahí que podamos leer en capítulo VI de «Caminos de Utopía»: «Ser socialista significa estar en contacto vital con el espíritu y la vida comunitarios de la época, estar alerta y reconocer con mirada imperturbable lo que de ellos aún se encuentra en la profundidad de nuestra vida desprovista de comunidad, y, siempre y cuando sea posible enlazar fuertemente a lo perdurable las formas creadas por primera vez. «Huelga especificar que al referirse a «socialismo» Buber toma la expresión en el amplio sentido que se le daba a primeros de siglo incluso por los propios libertarios. Comenta Buber: «La aldea socialista, con talleres y fábricas en el campo — dice Landauer continuando la idea de Kropotkin —, con prados, campos y huertos, con ganado grande y pequeño y aves de corral: vosotros, proletarios de la gran ciudad, haceos a la idea, por extraña e insólita que al principio pueda pareceros, de que ése es ahora el único comienzo posible para nosotros de un socialismo real.» De eso, en apariencia tan insignificante, de si se lleva a cabo o no, depende principalmente que la revolución ya encuentre algo hecho, a lo cual tenga que proporcionar espacio y poder, pues la hora revolucionaria misma sería incapaz de crearlo.»



## EL FACTOR EDUCACION

**C**ON su habitual serenidad de raciocinio Buber en la obra antes citada analiza diferentes formas estructurales de convivencia al margen de coacción capitalista o estatal. Su examen pasa por diversas épocas y países. Nota que, invariablemente, al entusiasmo del impulso emprendedor le sucede el pesimismo del fracaso. Y es en la obra constructiva que hoy culmina en los «kibutzs», de Israel, que halla una relevante ejemplaridad. Escribe: «Hasta donde alcanza mi vista en la historia y en el presente, sólo a un único ensayo en gran escala de crear una cooperativa integral puede atribuirse cierto éxito en sentido socialista. Es la aldea cooperativa hebraica de Palestina en sus distintas formas. Sin duda le es inherente también una problemática profunda en todos los tres sectores: el de las relaciones internas, el de la federación y el de la influencia sobre la sociedad general; pero ha acreditado su existencia viviente en todos los tres sectores, y es la única que ha llegado a hacerlo. En la historia de la colonización cooperativa no se encuentra en ninguna parte este incansable tanteo en busca de la forma de convivencia que corresponda a estos grupos humanos, ese reiterado ensayar, sacrificarse, juzgar críticamente y ensayar de nuevo, ese constante brotar de nuevas ramas del mismo tronco y a base del mismo impulso configurador.»

Se perfila en la filosofía de Martín Buber una

síntesis del hombre en tanto que ser pensante, susceptible de ahondar en la propia conciencia para hallar la raíz de la dignidad y el decoro, y el individuo en tanto que miembro de una sociedad atrabiliaria en la que, pese a que su estructura es repelente, importa vivir en ella buscando la forma de eludir los inconvenientes que de ella emanan. De ahí que el sentido de la fraternidad **buberiana**, si el factor moral en todo su sentido depurado es una realidad, puede constituir con la fuerza de la unidad aliciente para obtener dentro de lo relativo, apreciables ventajas. Dar ejemplo y paralela a la posible realización, llevar por delante la tarea del proselitismo.

Prepondera en nuestra sociedad el hombre en funciones de «robot», integrado a las estructuras político-económicas. Pero en una civilización controlada por hegemonías estatales es comprensible que sean un peligro latente los períodos de guerra, iniciada ya con un pretexto, bien por otro. En los Estados Unidos, país de economía próspera y propensión al aburguesamiento de masas obreras, la guerra del Vietnam ha ido desentumeciendo la inconciencia del «robot». Muchos son ya los que comprenden, como aducía Erasmo, que «la guerra es dulce para aquellos que no la hacen.» Y es en este estado psicológico que por parte de los anarquistas se puede hallar una plataforma de lucha contra el Estado, incluso en aquellos países de economía floreciente y de propensión al aburguesamiento.

## La mujer y la naturaleza

**E**N las mujeres, los hombres encuentran seres que no se han alejado tanto como ellos de la vida típica de las criaturas de esta tierra; las mujeres son, para los hombres, las personificaciones humanas de la simpatía tranquila de la Naturaleza. Para cada hombre, como ha dicho Michelet, la mujer a quien ama es como la tierra era para su hijo legendario; no ha de hacer sino caer y besar su seno, para sentirse fuerte otra vez. La mujer está más en armonía con la Naturaleza que el hombre, y ella conduce al hombre a armonizarse con la Naturaleza. Esta naturaleza orgánicamente primitiva de las mujeres, en forma y función e instinto, es siempre un sosiego para los hombres torturados por sus energías dispersas. Con verdadera satisfacción el tierno y dulce Diderot escribía de las mujeres que «son verdaderos salvajes por dentro». Por esta razón, los ascéticos, esos mismos casos errantes y anormales de la tendencia hacia la variación, han odiado a las mujeres con odio tan amargo e intenso que no han podido encontrar lenguaje bastante exacto para expresar su aversión. Sabían que cada impulso natural de una mujer es la condenación del ascetismo. Todos los verdaderos amantes de lo artificial y de lo perverso, encuentran repulsivas a las mujeres. «La mujer es natural — se lee en los escritos de Baudelaire —, y por ende abominable.» Pero para la mayoría de hombres y mujeres esta diferencia sexual ha añadido algo al encanto de la vida; también ha contribuido, en parte, a su eterna dificultad.

AVELOCK ELLIS



## JOYELES DE LA LITERATURA ANARQUISTA

# Pobres y ricos

por Sebastián Faure

**S**I hay una ley natural que reviste un carácter universal, porque responde a una necesidad existente en todos los tiempos y en todos lugares, es la que condena a los hombres al trabajo.

Todo ser consume y nada puede ser consumido sino lo que ha sido producido. Esta verdad parece ser tomada del repertorio del célebre señor de la Palisse; sería lógico deducir de ella que si es imposible vivir sin consumir y sin haber de antemano producido, todo individuo que participa a la absorción de los productos está obligado a contribuir a su confección, salvo caso de impedimento: edad, enfermedad, debilidad. **El que no trabaja no debe comer. (Qui non laborat, non manducet)**, de San Pablo, no tiene otro origen.

Pues bien: nuestra sociedad está de tal modo constituida que se compone de dos clases de personas: la clase que lo produce todo y la que no produce nada.

Una habita los castillos en la campiña y los bellos barrios en la ciudad: tiene en su mesa la carne más sana, la caza más rara, la fruta más sabrosa, el vino más viejo; sus salones están adornados de flores de perfumes sutiles, de figuritas artísticas de cuadros de los maestros, de ricas tapicerías, de muebles de lujo; en la estación rigurosa, sus miembros están cubiertos de los tejidos más cálidos, en los días veraniegos, de los más ligeros y más frescos; tiene instrucción, o, por lo menos, podría tenerla; puebla los restaurantes a la moda, los balnearios, las playas, los teatros, todos los lugares donde la gente se reúne para gustar el placer; gasta coche y es servida por «domésticos».

La otra habita en chozas, o se refugia en las malas viviendas de los barrios no céntricos, en su mesa: sopa, patatas, aguapíe o vino adulterado; un mobiliario reducido, los muros desnudos; un vestido pobre, sucio, insuficiente; ninguna instrucción, ni ocasión de adquirirla; puebla los hospitales, los refugios, los asilos, los depósitos y los anfiteatros; tiene ante sus ojos, en su propia vivienda, el espectáculo desgarrador de sus hijos que tiritan; danza... ante la alacena vacía, abre las portezuelas de los coches y suministra los lacayos.

A la primera pertenecen la tierra, las casas, las cosechas, los instrumentos de trabajo, los productos, a la segunda nada.

Interrogado sobre la cuestión de saber a cuál de las dos clases de que hablo son adjudicadas todas las ventajas, un hombre sensato, pero ignorante de nuestra civilización, respondería sin el menor ti-

tubeo: **A la que trabaja, a la que lo produce todo.** Esos bienes «no pueden ser sino la legítima retribución de su saber, de sus esfuerzos, de sus penas».

Ese buen hombre se engañaría completamente; porque todos sabemos que los que tienen morada confortable, mesa abundante y escogida, atavíos cuidados, coches y criados, viven de rentas, de dividendos, de arriendos, de réditos; y que todos esos diezmos son deducidos del trabajo de los que tienen apenas lo necesario y a menudo aún le falta lo necesario; todos sabemos que los que pueblan los lugares de diversión y obstruyen los salones no son los que llenan las fábricas y los almacenes, cultivan la tierra y excavan el subsuelo.

En vano, para justificar un estado de cosas tan extraordinario, los príncipes de la economía política afirmarán: audazmente que la ociosidad dorada de hoy es el resultado de la actividad del pasado, la cristalización del trabajo de ayer. Este lenguaje no convencerá a nadie, **ni siquiera a los que lo tienen**, y cualquiera que en Francia, por ejemplo, conozca un poco la historia de su país, no ignora que la riqueza, monopolizada por el clero y la nobleza en la antigüedad y la Edad Media, no ha tenido por origen sino la captación, el robo, la rapiña, la violencia; que durante el período revolucionario de fines del siglo XVIII, ha sido acaparada fraudulentamente por la burguesía despojando a nobles y sacerdotes; que, desde entonces, no ha procedido sino de la explotación del hombre por el hambre, del modo de producción capitalista.

El gran arte de nuestros días, para llegar a la fortuna, no consiste en trabajar uno mismo, sino en hacer trabajar a los demás; el capital, bajo todas sus formas, es trabajo ahorrado, economizado, transformado; sí, **pero trabajo ajeno**. No son los que edifican los palacios los que los habitan; los que tejen, cortan y cosen los vestidos de baile no son los que los llevan.

Los productos de la mina no enriquecen a los mineros; los dividendos de las compañías de ferrocarriles no van a los que construyen la vía, dirigen la máquina, vigilan las agujas o trasbordan las mercancías.

Las argucias más especiosas, los razonamientos más sutiles no pueden prevalecer contra la brutalidad de los hechos; los trabajadores no tienen más que abrir los ojos para ver que los albañiles están sin refugio, los sastres sin vestido, los agricultores sin pan; que la clase pobre lo produce todo y no posee nada, mientras que la clase rica despilfarra, acapara, se atraca y no produce nada.



# Por un combate anarquista

por José Muñoz Congost

## III

Comentarios a la lectura de viejos textos:  
La Enciclopedia Anarquista de S. Faure  
(en curso de edición).

**E**XTRANANSE algunos teorizantes de esa sociología que se pretende elevar al rango de Ciencia «casi exacta», — para una mejor manipulación técnica de todas las circunstancias — de los hechos que venimos viviendo, empujados por las nuevas generaciones y de unos años a esta parte.

Reconociendo que en todos los tiempos existió ese «choque» entre generaciones, unas veces leve, otras cruento, muestrense un tanto trastornados por la violencia del estallido brutal de la protesta juvenil, negándose a integrarse en un complejo social modelado para relativo inmovilismo.

Al pretender, dueños de la educación, preparar hábilmente la adaptación de los individuos al medio social, — para evitar una rápida evolución hacia otro medio más justo —, los detentadores de todos los mandos políticos y financieros, olvidaron que el progreso es irreversible, incontenible y que no puede existir en la inmovilidad.

Al intentar crear, por la coacción autoritaria y el abuso del poder — irracional por esencia — un equilibrio permanente de las instituciones del privilegio, cerraron los ojos a la verdad indiscutida, de que el equilibrio sólo puede ser excepcional, y que las condiciones del progreso exigieron y exigen ese vaivén de acción y reacción en el que rara vez la segunda supera a la primera.

Así, en individualidades en formación, esa orientación forzada con la que la educación oficial pretenden imprimir un sello de integración, crea en la mayoría de las ocasiones el movimiento de rebeldía y de insumisión.

Y una vida social más intensa, — decía Delaunay en la Enciclopedia de Faure — provoca siempre un despertar de conciencias, y el desarrollo de las individualidades que este despertar origina, condicionan a su vez una marcha más rápida del progreso social.

En esa forja de individualidades que la falsa educación hubiera querido evitar y que fomentó con su absurdo forcejeo por el sometimiento, crearon una desadaptación de la adolescencia al medio ambiente. Desadaptación que Delaunay decía que llegaba a resolverse unas veces por la evolución misma, otra por un proceso revolucionario.

Generación, tras generación, la lenta evolución social, sabotada, frenada siempre, se encuentra en determinados momentos, en franco y descorazonador retraso en comparación con la evolución de las técnicas. Y no bastando esa evolución lenta, para recuperar el tiempo perdido, el

estallido revolucionario viene al desquite, restableciendo el equilibrio momentáneo, punto de partida de nuevas fases de la progresión.

Al analizar así la posibilidad y la periodicidad de los enfrentamientos revolucionarios, la Enciclopedia Anarquista afirmaba una realidad que hemos visto confirmada, muchos años después de que la idea así expresada en el papel viera la luz.

El individuo, decía, es efecto y causa del progreso social, y reciprocamente. Pero... ¿A qué vienen, — podrá alguien preguntarse —, estos comentarios?

A mostrar que a pesar de las afirmaciones permanentes y machaconas de todos los teóricos que se pretenden renovadores de las ideas anarquistas, queriendo arreglarlas a todas las salsas personalistas, hay en los textos, en las viejas páginas de los escritores de ayer, lecciones de visión social que no han sido superadas por ninguna circunstancia ni contexto político económico o social. Sin pretender dogmatizar, muy al contrario: sin intentar sentar el principio de razón permanente ni la infalibilidad de los escritores del anarquismo, capaces y sujetos a error en tanto que hombres, el conjunto de los hechos históricos, el contexto social existente, el rápido avance del progreso de las técnicas, crearon quizá condiciones de acción anarquista distintas a las preconizadas ayer, pero las raíces sociales, humanas y económicas de la crisis existente por la violación del contrato de convivencia social, son las mismas hoy que ayer.

Y aún las posibilidades de acción, de agitación, de preparación, de forja de la revolución, no son tan distintas de aquellas que afirmaron nuestros escritores.

Viene a cuento, pues, cuanto decimos, y más por cuanto que hemos visto enarbolar una vez más teorías que ayer fueron y dejaron de ser por la lección de la experiencia, y hoy resucitadas, puede que con la misma ilusión con que otrora se lanzaron, como puede ser, también, con objetivos diferentes y menos claros.

Nos expresamos así, porque sentimos intimamente, de manera intuitiva, que hay quizá en esas nuevas modalidades, un interés más o menos velado de deshacer lo que haya de «organizaciones anarquistas», e impedir su eclosión donde no las hubiera, para así, dispersando el esfuerzo en realidad, disminuir el peligro que el mismo anarquismo representa. Porque el anarquismo es hoy amenaza real, no nos extrañarían maniobras de nuestros enemigos destinadas a desvirtuarle, añadiéndole con pretensiones de cántico y exaltación a la libertad y a la espontaneidad, el germen de todas las disgregaciones que imposibiliten la posible progresión de la acción internacional.

Luis Loreal, también en la obra a que hacemos referencia, referíase bajo el título «Defensa Revolucionaria» a



que había entonces quienes estimaban que ya habría tiempo de pensar en los problemas de la revolución cuando estallase y que las soluciones surgirían imponiéndose por sí mismas...

Es la misma posición que hoy adoptan quienes negando la necesidad de la organización, pretenden que la revolución puede ser obra de grupos esporádicos, temporales, ocasionales, sin coordinación, haciéndose y deshaciéndose a tenor de los acontecimientos.

No queremos buscar argumentos nuevos para venir a decir el contrasentido que en el plan revolucionario expresan semejantes posiciones, puestas en moda por la euforia de una eclosión y revuelta, malogrados quizá por esa falta de una organización capaz de vencer la acción desviadora, de las entelequias políticas.

Y al decir que no buscaremos argumentos nuevos, es porque el problema, tampoco es nuevo, aunque así le parezca a algunos.

Puede que sean nuevas las intenciones, como son nuevos los adalides, de viejas formas de contradicción.

A ellas decía Loreal: ¿Cómo prevenir los males que pueden surgir en la revolución si nos dejamos llevar de improvisaciones circunstanciales?

Y sobre todo, examinando con detalle, el verdadero combate revolucionario, que no es solamente lucha esporádica, ni revuelta de unas horas se llega a la comprobación del vacío táctico que encierran esas posiciones «antiorganizacionistas» entre dos acciones, separadas por el tiempo y las circunstancias.

Al no establecer una continuidad en la acción dentro de todas las formas que la misma puede adquirir y a la que nos referiremos, convertimos la acción anarquista en aporte de esfuerzos a la acción bien organizada de otros. Y hacemos el juego a nuestros propios enemigos.

Falso es el argumento que pretende que dichas actitudes van en defensa de la libertad y la organización anarquista en detrimento de la misma.

Mala interpretación de la libertad supone el manifestarse así, a nuestro criterio. Decía Delaunay y coincidimos con él, «no es libertad hacer todo lo que se quiere sino querer todo lo que se hace».

Es decir, que se es libre cuando se sabe conscientemente aquello que se quiere, cuando al problema — cualquiera que fuese, individual o colectivo — una vez estudiado, sopesado, juzgado, se le dio una solución en el pensamiento, y se es capaz de llevarla a solución sin sometimiento o presión alguna.

Y en la espontaneidad de los hechos revolucionarios que se pretende, lanzado el individuo como factor colectivo en el ímpetu de la acción, su responsabilidad entra rara vez en juego, hará lo que quiera en el momento sin saber en realidad lo que quiso.

Queramos o no, en el juego inevitable de la existencia humana, que se presenta entre el determinismo y la libertad, sabemos que el individuo sólo puede influir en el factor personal de las decisiones. Y como una decisión está determinada a su vez por varios factores independientes del personal, además de éste, el aumento de libertad, será forzosamente el aumento de la influencia del mismo en el conjunto.

No creemos que se pueda discrepar mucho de esta afirmación. Si así es, hacer hombres libres, capaces de decisiones razonadas y de ajustar su conducta y acción a estas decisiones, es una opción revolucionaria. Y esa opción no puede ser obra de la improvisación.

La revolución ha de ser obra de hombres conscientes. No de algunos hombres dirigiendo multitudes excitadas por hambre o miseria, cultivo predilecto de todos los autoritarismos totalitarios. Entendemos por Revolución, la Revolución social. Esas que se realizan para remplazar el clan dirigente por otro distinto son cambio de etiquetas a la tiranía no son nunca revoluciones en las que se nos pueda interesar a los anarquistas.

Porque esas multitudes sin forja previa son buenas para la obra de destrucción necesaria pero dejan después la fase constructiva en manos de los profesionales de la acción política, al servicio de un Partido.

Porque nuestra revolución, «exige la preparación de un mundo nuevo en los corazones y en los espíritus» (Delaunay) y esa preparación exige una labor lenta, tenaz y persistente de educación y propaganda revolucionaria.

Esa labor, no es posible sin organización. Sólo unas organizaciones como las del conglomerado libertario español, fueron capaces de aquel florecer de ateneos anarquistas, centros de estudios sociales, escuelas racionalistas, que permitieron la creación de un sentimiento social colectivo, formado por la libre aportación de individualidades, sin minorías dirigentes y sin gregarismos.

Bastaría este argumento para reafirmarnos en la necesidad de la organización anarquista en el combate social. Pero hay otros.

Frente a la acción revolucionaria, las fuerzas de la reacción y del conservadurismo, pilares del privilegio no han de permanecer inactivas.

Afirmaba Loreal, que frente a la propaganda educativa, a la agitación, a las acciones diversas fomentando el espíritu de revuelta, preparando la revolución, el Estado respondería con la provocación, utilizando sus mercenarios, infiltrándose en las filas revolucionarias, empleando la confidencia, creando ligas cívicas, somatenes, milicias fascistas, paralelas a las fuerzas de la represión oficial, subvencionando y armando sindicatos amarillos... encuadrando en cuerpos oficiosos de sabotaje y provocación a asesinos y pistoleros profesionales.

Palabras de ayer... lecciones de aquel presente que revive hoy con el agravante de su intensificación, del crecimiento de su impunidad.

Para luchar contra la reacción así desencadenada, sólo una organización, puede establecer su defensa, su información y tomar todas las disposiciones necesarias para denunciar la traición preparada, como para evitar las claudicaciones. La improvisación, el grupo que se hace y deshace, donde todo el llegado es bien recibido, es campo abierto a esta acción disgregadora de nuestros enemigos. Pero hay más aún...

¿Podemos ignorar acaso, la presencia, en todos los momentos revolucionarios de sedicentes fuerzas revolucionarias, cuyo interés es el de desviar los objetivos manumisores, en rebusca de hegemonías que aseguren el poder futuro? ¿Qué hacemos de estas fuerzas bien organizadas?

La lección de acontecimientos que aún viven en nosotros, de sabotaje de un proceso revolucionario en aras a una aventura electoral, realizadas por organizaciones que si se vieron desbordadas en un momento por el empuje popular, supieron maniobrar hábilmente para llevar el agua a su molino político, es elocuente.

¿Y si aún y con todo, y contra viento y marea, la revolución triunfa?

¿Cómo realizaremos la fase constructiva?

Creando organismos de gestión... ¿O también dejándolo



# El socialismo y el Estado

**E**N Inglaterra, donde había aparecido ya en 1793 la profunda obra de Godwin, *Investigación acerca de la justicia política*, el socialismo del primer período tuvo un carácter mucho más libertario que en Francia, pues allí le había abierto el camino el liberalismo y no la democracia. Pero los escritos de William Thompson, John Gray y otros fueron casi enteramente desconocidos en el continente. El comunismo de Robert Owen era una mezcolanza singular de ideas libertarias y de conceptos autoritarios del pasado. Su influencia en el movimiento sindical y cooperativo de Inglaterra fue, durante un tiempo muy importante; pero después de su muerte se perdió cada vez más, para hacer puesto a consideraciones más prácticas, que perdieron paulatinamente de vista el gran objetivo del movimiento.

Entre los pocos pensadores de aquel período que intentaron situar sus aspiraciones socialistas en una base realmente libertaria, Proudhon fue, sin duda alguna, el más importante. Su crítica demoledora de las tradiciones jacobinas, de la naturaleza del gobierno y de la fe ciega en la fuerza maravillosa de las leyes y los decretos tuvo el efecto de una acción libertadora, que ni siquiera hoy ha sido reconocida en toda su grandeza. Proudhon había comprendido claramente que el socialismo tenía que ser libertario si había de tenerse en cuenta como creador de una nueva cultura social.

## POR UN COMBATE ANARQUISTA

*todo a la improvisación de cada comité de fábrica, sin coordinación de esfuerzos?*

*La fase constructiva de una revolución en su aspecto económico, no puede ser adulterada por órdenes extrañas a los factores mismos de la producción. Y como los intentos de tal no han de faltar, será precisa una coordinación de los esfuerzos de los productores para no dejarse arrebatar esta gestión por ningún organismo de carácter político. Para evitarlo, la organización de los productores es necesaria. ¿Para qué rechazarla hoy, a priori, cuando existiendo es forja y preparación militante en previsión de ese mañana?*

*Y si esa estructura existe, como fue el caso en la CNT española y con una militancia forjada a través de años de educación y propaganda, todas las esperanzas están permitidas.*

*Sólo una organización anarquista, puede preparar la acción revolucionaria permanente porque permanente y no esporádico, es el combate anarquista.*

Ardía en él la llave viva de una nueva era que presentía y cuya formación social veía con claridad en su espíritu. Fue uno de los primeros que opusieron a la metafísica política de los partidos los hechos concretos de la economía. La economía fue para él verdadera base de la vida social entera y como había reconocido, con profunda agudeza, que precisamente lo económico es lo más sensible a toda coacción externa, asoció con estricta lógica la abolición de los monopolios económicos con la extirpación de toda esencia gubernativa en la vida social. El culto a las leyes, al que sucumbían los partidos de aquel período con un verdadero fanatismo, no tenía para él la menor significación creadora, pues sabía que en una comunidad de hombres libres e iguales sólo el libre acuerdo podía ser el lazo moral de las relaciones sociales de los seres humanos entre sí.

¿Usted quiere, pues, suprimir el gobierno? — se le preguntó —. ¿Usted no quiere constitución alguna? ¿Quién conservará entonces el orden en la sociedad? ¿Qué pondrá usted en lugar del Estado? ¿En lugar de la policía? ¿En lugar de los grandes poderes políticos? — ¡Nada! — respondió. La sociedad es el movimiento eterno. No necesita que se le dé cuerda, y tampoco es necesario llevarle el compás. Una sociedad organizada no necesita ni leyes ni legisladores. Las leyes en la sociedad son como el tejido de araña en la colmena: sólo sirven para cazar las abejas.

Proudhon había concebido el mal del centralismo político en todos los detalles; por eso anunció como un mandamiento de la hora la descentralización política y la autonomía de las comunas. Era el más destacado de todos los contemporáneos que habían escrito en sus banderas el principio del federalismo. Cerebro esclarecido, comprendió que los hombres de hoy no podían llegar de un salto al reino de una sociedad sin aparato gubernativo; sabía que la conformación espiritual de sus contemporáneos, constituida lentamente en el curso de largos períodos, no podía desaparecer en un cerrar y abrir de ojos. Por eso le pareció la descentralización política, para arrancar al Estado cada vez más sus funciones, el medio más apropiado para iniciar la abolición de todo gobierno del hombre por el hombre. Creía que una reconstrucción política y social de la sociedad europea en forma de comunas autónomas, ligadas entre sí federativamente en base a libres pactos, podrían contrarrestar la evolu-



ción funesta de los grandes Estados modernos. Partiendo de ese pensamiento, opuso a las aspiraciones de unidad nacional de Mazzini y de Garibaldi la descentralización política y el federalismo de las comunas, pues estaba persuadido de que sólo por ese camino era posible una cultura social superior de los pueblos europeos.

Es característico que precisamente los adversarios marxistas del gran pensador francés quisieran reconocer en esas aspiraciones de Proudhon una prueba de su «utopismo», indicando que el desarrollo social a pesar de todo ha entrado por la vía de la centralización política. ¡Como si esto fuese una prueba contra Proudhon! Por ese desenvolvimiento, que Proudhon había previsto de un modo tan claro y cuyo peligro supo describir tan magistralmente, ¿han sido suprimidos los daños del centralismo o se han superado? ¡No, y mil veces no! Esos daños han aumentado desde entonces hasta lo monstruoso y fueron una de las cosas principales que condujeron a la espantosa catástrofe de la guerra mundial, como son hoy uno de los mayores impedimentos a una solución razonable de la crisis económica internacional. Europa se retuerce en mil contorsiones bajo el yugo férreo de un burocratismo estéril, para quien toda acción independiente es un horror y que quisiera decretar sobre todos los pueblos el tutelaje del cuarto de niños. Tales son los frutos de la centralización política. Si Proudhon hubiese sido un fatalista, habría interpretado ese desarrollo de las cosas como «una necesidad histórica» y habría aconsejado a los contemporáneos tomar las cosas como

venían, hasta que llegase el momento en que se produjese el «cambio de la afirmación en la negación»; pero como auténtico combatiente, se levantó contra el mal e intentó mover a sus contemporáneos contra él.

Proudhon previó todas las consecuencias de un desarrollo en el sentido de los grandes Estados y atrajo la atención de los hombres sobre el peligro que les amenazaba; al mismo tiempo les mostró un camino para que pudieran oponer una barrera al mal. No fue culpa suya si su palabra sólo fue escuchada por pocos y si al fin se perdió como una voz en el desierto. Llamarle por eso «utopista» es un placer tan fácil como estéril. Entonces también el medio es un utopista, pues por los síntomas existentes de una enfermedad predice sus consecuencias y muestra al paciente un camino para defenderse del mal. ¿Es culpa del médico si el enfermo no hace caso de sus consejos ni intenta conjurar el peligro?

La formulación proudhoniana de los principios del federalismo fue un ensayo de la libertad para contrarrestar la reacción provocativa, y su significación consiste en haber impreso al movimiento obrero de Francia y de los demás países románticos el sello de su espíritu, intentando dirigir su socialismo por el sendero de la libertad y del federalismo. Cuando haya sido, al fin, definitivamente superada la idea del capitalismo de Estado en todas sus diversas formas y derivaciones, se sabrá apreciar exactamente la verdadera importancia de la obra intelectual de Proudhon.

## Cultura y generosidad

**S**I como declaraba un Congreso Filosófico celebrado hace años, la actitud del espíritu y de la cultura consiste más que en oponer doctrinas e intereses antagónicos, a entrar en la intimidad de los pensamientos con el fin de encontrar líneas de convergencia, posibilidades de entendimiento y descubrir los secretos de una comprensión y de una cooperación bienhechoras, bien valdría la pena de llegar, con la paz, a un planteamiento sobre el fondo de un proceso consciente, es decir, al todo del hombre, en el cual la historia quedara libre de pasión, de rencor y de venganza. Por él veríamos si es verdad la sentencia de Spinoza de que la liberación de las pasiones se opera por la idea de lo universal, o bien la de los estoicos con la imagen de hacer subir al hombre apoyado en la mano de Dios, o la demostración de Descartes al pretender que las relaciones de los hombres y los pueblos, para ser normales, deben estar presididas por la generosidad.

M. CIMA



## Contribución a la historia del anarquismo en el Uruguay

# El primer número del semanario «El Hombre»

por Vladimir Muñoz

**E**l semanario «El Hombre» fue la gran publicación del compañero José Tato Lorenzo, luchador libertario muy conocido en la primera mitad del presente siglo en el Uruguay. Como escritor ácrata ha colaborado en la prensa libertaria americana de lengua española, e incluso en las publicaciones libertarias españolas, tanto en España como en el exilio, cual de ello consta en sus periódicas colaboraciones tituladas «Gotas de miel y ajeno», que nuestros lectores leen en la actualidad; pensamientos que extracta Cosme Paules desde Chile, de las cartas que le envía Tato Lorenzo.

Nació Tato Lorenzo en Galicia, en el pueblo de Mondáriz, provincia de Pontevedra, el 22 de diciembre de 1886. Es ya pues octogenario. Tanto su padre como otros familiares habían emigrado al Brasil, a donde él se trasladó también. Recién cumplía 14 años cuando desembarcó en Río de Janeiro. Luego se fue con los suyos al sur de este inmenso país y ya observó la despiadada explotación humana que por allí imperaba. Cuando en 1902 llegó a Montevideo, era un rebelde, como lo son la mayoría de los jóvenes. En la capital uruguaya pudo leer y luchar, de modo que en seguida se hizo anarquista. Aquellos eran años tiempos de gran efervescencia libertaria en los países del Plata y muchos jóvenes adoptaron las ideas libertarias.

Atraído por Buenos Aires, donde había más amplitud para la lucha, Tato Lorenzo desembarcó en esta inmensa ciudad sudamericana en septiembre de 1903. Aunque de una manera más bien modesta y no de primer plano, la actividad libertaria de Tato Lorenzo en la capital porteña y en otros lugares de Argentina fue extraordinaria. Su fecunda labor, que duró allí ocho años fue «premiada» en 1911 con una deportación a España. Atravesó, pues, de nuevo el Atlántico, pero esta vez se adentró por el Estrecho de Gibraltar y desembarcó en Barcelona. Su compañera se trasladó a Montevideo.

Ya en libertad en la gran urbe de Cataluña, se puso en contacto con sus afines en ideas. El compañero Sebastián Suñé fue quien con toda generosidad le ayudó. Hay que oírle hablar a Tato Lorenzo de este compañero ya desaparecido, para comprender con cuánta gratitud sintió dicha ayuda. Hasta que pudo dirigirse a su lugar natal. Tato Lorenzo, cuya mejor juventud había transcurrido en los países del Plata, donde le esperaba su compañera, sentía una «morriña» (nostalgia) diferente ahora de la que sienten los gallegos recién emigrados de su región, añorándola y deseando el regreso al solar de Rosalía de Castro. El ansiaba regresar al Uruguay, país donde no tendría dificultad en residir y en el cual se habían refugiado muchos deportados de la Argentina.

Como desde España no le era fácil el embarcarse, pasó a Portugal, llegando a Oporto. Aquí tuvo la suerte de encontrar un verdadero amigo que, aunque no era libertario, comprendía con toda simpatía las ideas de Tato Lorenzo, y quien con un gesto magnánimo, que quedó grabado para siempre en el corazón del luchador libertario, le facilitó los medios para que pudiera trasladarse a Lisboa, desde donde pudo embarcarse al Uruguay. Era el año 1912, donde siguió la lucha manumisora, a la vez que trabajó en diversas ocupaciones para ganarse la vida.

Tato Lorenzo también quiso tener su publicación libertaria, para que así engrosara la fecunda corriente de la literatura libertaria, abriendo surcos hacia un porvenir mejor. ¡Dichosos tiempos aquellos! Donde, aunque con sacrificios, desde luego, era muchísimo más fácil sacar semanarios o revistas, no sólo en el Uruguay, sino en todo el mundo. Hoy tales actividades están casi «vedadas» a las publicaciones desinteresadas, debido al alto costo de las industrias gráficas. El título que Tato Lorenzo le dio a su semanario demuestra su simpatía por la humanidad: es un filántropo. Le puso el nombre genérico de «El Hombre». Lo que nos hace recordar a los compañeros de EE. UU., con su periódico «Man» (El Hombre), hoy también ya desaparecido y que entendían con Protágoras, que es «el hombre es la medida de todas las cosas». O lo que nos hace pensar ahora en la hermosa revista libertaria francesa «Défense de l'Homme» (Defensa del Hombre), otrora creada por el veterano compañero Louis Lecoq y que ahora redacta Louis Dorlet. En efecto, Tato Lorenzo, en «El Hombre», defendió siempre y con altura la soberanía del hombre, al margen siempre de esas ficciones autoritarias que son la «soberanía de la nación» o la «soberanía del Estado».

En plena primera guerra mundial (1916) salió el primer número de «El Hombre». Su trayectoria fue larga, pues el último número salió el 20 de febrero de 1931. Tato Lorenzo a veces no firmó sus editoriales o colaboraciones, mientras que otras aparecen con su nombre y apellido, o con diversos seudónimos, como Walter Ruiz, Samuel Blois, Antonio D. Alarcón, etc. Un año después ocurrió un acontecimiento que sacudió todos los ambientes revolucionarios del mundo. Al Uruguay llegó también la gran esperanza que significó la Revolución Rusa de marzo de 1917 y la desilusión que significó el golpe de Estado bolchevique de octubre de dicho año. Hay que destacar la lucidez con que Tato Lorenzo vio al bolchevismo como «tumba de la Revolución Rusa», a pesar de la enorme distancia geográfica que le separaba del teatro de los acontecimientos. «El Hombre» enfrentó valientemente a «La Batalla», una publicación ilusa que creía



sinceramente que el comunismo libertario era ya esplendorosa realización en el país de Bakunin, Kropotkin y Tolstoi.

Yo, por ejemplo, coleccionador de nuestros papeles libertarios, tengo un curioso documento impreso por «La Batalla». Se trata, ni más ni menos, que de «Entre campesinos» (Fra contadini) del gran Errico Malatesta. Grupo Editor: «Rusia Libre», Montevideo, 1920. Este raro ejemplar lleva en la tapa, debajo del título, la «leyenda» siguiente: «El comunismo, idea de igualdad y de justicia, que hasta ayer era considerado una utopía, está resultando ya una factible realidad en Rusia, Hungría y casi toda la Europa Central». Generosidad de los editores que ampliaban la instauración del comunismo libertario en la zona báltica. En la contratapa leemos: «La Batalla». Semanario de ideas y críticas. Brega por la implantación inmediata y completa en América de lo que en este folleto expone el sociólogo y revolucionario Enrique Malatesta, y que ya en Rusia y otros países de la Europa Central se está practicando con feliz éxito y regocijo de sus habitantes». El tiempo ha dado razón al compañero Tato Lorenzo, al discernir con toda clarividencia semejantes errores, sobre todo en su conceptuoso estudio «Maximalismo y anarquismo» (primeramente publicado en las páginas de «El Hombre» y luego como folleto el año 1923 en México). Hoy existe ya copiosa literatura, de las mismas fuentes bolcheviques, en la que palpablemente se demuestra que el llamado comunismo libertario es para los bolcheviques algo contrario a sus verdaderos fines, que no son otros que los de una sociedad en donde el Estado alcance su apoteosis, cual lo ha meridianamente demostrado el escritor inglés George Orwell en su gran obra «1984», o aun, en «Rebelión en la Granja».

En la revista «Solidaridad» (Montevideo: mayo de 1968) escribía yo: «Colaboraron con Tato Lorenzo en «El Hombre» notables plumas anarquistas, las que de ningún modo podrán ser pasadas por alto cuando se hagan antologías libertarias del Uruguay. Entre todas estas plumas se destaca como rutilante estrella de primera magnitud, la de la joven María Álvarez (redactora de «El Hombre», cuando apareció como revista), quien, víctima de la tuberculosis, se extinguió el 24 de marzo de 1925 en Montevideo, recién cumplidos los veinte años. La estudiante liceal María Álvarez representa toda una revelación y será un notable redescubrimiento para cuantos en el futuro estudien la filosofía libertaria en América Latina».

Tato Lorenzo redactó otras revistas o periódicos, pero volvemos a encontrarlo con una nueva publicación suya cuando publicó el periódico de ideas titulado «Inquietud», cuyo número 1 apareció en la primera quincena de agosto de 1944; y cuyo número 55 (el último) en febrero de 1950. Destácase aquí la colaboración del artista uruguayo Juan Pardo, con admirables maderas grabadas. Volvemos a encontrar las valiosas colaboraciones de Tato Lorenzo, ahora en el periódico mensual «Voluntad» (segunda época), cuyo primer número apareció en agosto de 1956, y el último (el número 102), en septiembre de 1965. «Voluntad» ha sido la última publicación libertaria del Uruguay.

Tato Lorenzo tuvo hijos y ahora tiene nietos. Es, pues, un abuelo que transcurre su ancianidad en su pequeña vivienda situada en la calle de El Cid, en la margen lisa barriada de La Teja, centro de tantas operaciones libertarias en su mocedad y en su edad madura. Entre los compañeros del ideal que con él lucharon en los bue-

nos tiempos, cabe destacar a la compañera Andrea, ya octogenaria. Esta noble mujer tiene en su casita un gran retrato de Luisa Michel, como constante deferencia y recuerdo hacia la «buena Luisa». La desaparición de la compañera de Tato Lorenzo, arrebatada por la inevitable muerte, fue un golpe doloroso para este luchador que, ahora, como otrora el gran Errico Malatesta, se comunica con sus compañeros de ideas, a través de una mesa que le sirve de escritorio, cercana a su modesta cama y en un no menos modesto cuarto que le sirve de albergue. En cercana habitación emerge su gran biblioteca, situada en los cuatro puntos cardinales de los muros. Y cuando la temperatura lo permite, en la benigna primavera y en el agradable verano, aún trabaja una minúscula huerta que se halla en la entrada de su casita. Entremos, pues, en materia, y analicemos el primer número de «El Hombre».

★

Apareció el 29 de octubre de 1916, como «Semanario anarquista de combate, editado por los centros de Estudios Sociales de Arroyo Seco y Villa Muñoz». La redacción y administración estaba en la calle Domingo Aramburu 1828, y a cargo de los giros y correspondencias estaba Manuel Alfredo Salvatierra. Cuatro páginas a cuatro columnas. Formato 38 x 27 cms.

Todos los trabajos de la primera página no están firmados. Presentándonos es el primero: «Llegamos al campo de la publicidad como el labrador ante la tierra, pecho al aire, dispuestos al trabajo. La misión que nos trae a la actividad, fijada está de antemano; venimos a preparar el terreno para la siembra; venimos a abrir el surco». Luego viene la Nota de la semana: día de los tuberculosos. Se trata de una crítica a la sociedad presente: «Hoy es día de los tuberculosos. Un día en que se abren las bolsas de los ventrudos señores, y las nacaradas manos de mujeres ociosas» colectando dinero para combatir «para la galería» el terrible flagelo, que es «virtud del progreso burgués, flor del conventillo y la fábrica, esposa del tugurio, la tuberculosis». Es aún este mal «buena amiga de los humildes, la compañera de las vírgenes pálidas que pasan y repasan todos los días, camino del taller, soñando con la vida». Es pues, el día de los tuberculosos, «día de dolor — que quisiéramos — de grande y fecunda rebelión».

Viene ahora Los grandes ladrones legales. El trust de las harinas. Se ha constituido este monopolio en los molinos de trigo por «una pandilla de bandidos que se combina para robar más a los trabajadores». Ante este hecho consumado, se denuncia al público lector «a todos los que viven del trabajo ajeno, a todos los ladrones, para los cuales no hay cárceles abiertas, porque ellos fabricaron la ley para servirles, y sancionaron un derecho y una justicia admirables, para su uso exclusivo». Con la colaboración Florencio Sánchez, ¡Soporíferos!, el articulista la emprende con los burgueses que pretenden erigir una estatua al gran dramaturgo libertario rioplatense (al dramaturgo en sí, por supuesto, y no al libertario). «Anda por estos andurriales una farándula de falsarios que son autores de una especie de billete para conseguir dinero con que elevar una estatua a extinto dramaturgo. ¡El colmo! ¡Florencio conmemorado por los burgueses!»

Digamos que esta estatua de Florencio Sánchez llegó a ser una realidad en Montevideo y está situada en el



Parque Rodó de la misma ciudad. El lector podrá encontrar una fotografía de la que también se erigió en Buenos Aires, en la página 97 del libro González Pacheco, de Aljredo de la Guardia (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1963). Otros pueblos del Plata tienen ahora estatuas a Florencio. Además aquí no paró la cosa. En su librito *Cartas de un Flojo*, *El Caudillaje criminal en Sud América*, *El Teatro nacional* (Montevideo: Biblioteca de Escritores Uruguayos, 1962), página 2, puede leerse esta nota del editor: «Por decisión del Dr. Baltasar Brum, presidente del Uruguay... en 1920 se repatriaron los restos de Florencio Sánchez, que llegan a Montevideo el 21 de enero de 1921. La posteridad los alberga, en señal de honra y descanso, en el Panteón Nacional». El Uruguay tiene también un pueblo del interior de la República, con el nombre Florencio Sánchez. El articulista de «El Hombre» se indigna ante lo que parece ya un hecho consumado: «Homenaje de vosotros, histriones, no lo necesita. Lo tiene en la juventud que lo estudia y en el hombre que lo comprende». Debido a que yo últimamente escribí una larga reseña en el mensual parisino «Umbrales» (Florencio Sánchez. Un esbozo biográfico, números 77 y 78, mayo y junio de 1968), al analizar el libro de Julio Imbert, titulado *Florencio Sánchez, vida y creación* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967), algunos lectores escribieron recabando información sobre el teatro de Florencio Sánchez.

Pues bien, la edición más reciente y asequible del Teatro, de Florencio Sánchez es la publicada por la Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, en dos tomos (volumenes 121 y 122), con un extenso prólogo de Walter Rela sobre el teatro de Sánchez, que abarca 77 páginas. Editada en Montevideo (1967) es también la edición más económica que existe. Como prueba de cómo los lectores leen y digieren las lecturas, mencionaré lo que me escribió al efecto el compañero uruguayo Ricardo Gómez (persona también muy querida por Tato Lorenzo), sobre la palabra gringo mencionada por mí en dicha reseña: «La palabra gringo, efectivamente, es sinónimo de extranjero que no habla español. Su génesis proviene del inglés. Cuando ocurrieron las invasiones inglesas de 1808 en el Río de la Plata, los soldados de la rubia Albión traían una canción que comenzaba con Green Grass, es decir, verde césped, o mejor dicho verde pasto, y la repetían en los estribillos con insistencia. Para los españoles y criollos, les resultaba incomprensible la canción por ignorar casi la totalidad del idioma inglés, pero el Green grass, repetido constantemente se les fue pegando al oído: Green grass... Green grass. De ahí que, más tarde, rechazados los ingleses, a todo extranjero que no sabe expresarse en español, se le motejó de gringo, en recuerdo de aquellos».

Henos ahora ante Espacio, articulito breve para ensalzar a Petirpsí, un aviador pacifista de la época que «cayó dignamente, como hombre de ciencia, como luchador, como apóstol de acción de un invento de sublimes trascendencias». Se le compara contrastándolo con los aviadores «malditos, los que caen en la guerra sobre el campo de batalla, sangriento y humeante, que ellos han producido». Malditos son aún «los poetas como d'Annunzio y los sabios como Haeckel, que olvidaron que la inteligencia y el sentimiento deben estar al servicio de lo verdadero». Estas personas se pusieron al servicio de la guerra que devastaba a la sazón a Europa. Esta primera página

va ilustrada con una madera grabada (autor desconocido) en donde se ve un libro en blanco, abierto, en cuya página puede leerse «Constitución 1830», con numerosos agujeros de la polilla, mientras estos gusanos (terror de las bibliotecas descuidadas) van haciendo su obra destructora. Parece ser que entonces (como ahora) había políticos que trataban de reformar la Constitución. De ahí esta leyenda a pie de grabado: «Que hagan una nueva constitución, o remienden ésta, siempre triunfará la polilla».

La colaboración El soldado, diversos aspectos del militarismo, pasa de la primera a la segunda página. He aquí el primer párrafo: «El servicio militar voluntario u obligatorio tiene la virtud de suprimir en el individuo, el carácter, el criterio y todo lo que le distingue de la bestia». Y el último: «Y toda esa juventud a quien como dice Mirbeau, le mandan que vaya a la guerra y va: le mandan que mate y mata, y le mandan que vuelva y vuelve sin saber por qué va, por qué mata y por qué vuelve, le dirigimos nuestra incitación de rebeldía, que ha de devolverlos a la situación de hombres de la humanidad». «El Hombre» tiene aún en su haber un consecuente antimilitarismo, digno de destacar también, porque se enfrentaba valientemente a la guerra que desolaba a Europa. Aquí también los medios libertarios se vieron perturbados por dos corrientes, la aliancista y la germanófoba. Sabido es que Kropotkin se manifestó públicamente por estas dos tendencias, y con él los libertarios que firmaron el «Manifiesto de los Dieciséis». En España, tal «considerando» perturbó a numerosas cabezas de las más ilustres, cual es el caso del grupo gijónés animado por Pedro Sierra y Eleuterio Quintanilla, animadores principales de «El Libertario» y luego de la revista «Renovación». No solamente en estas dos hermosas publicaciones anarquistas «batallaban» nuestros amigos en pro de la soldadesca aliada, sino que lo hacían a través de las páginas de «El Noroeste» (viejo diario liberal de Gijón), cual consta en el libro de Antonio L. Oliveros (quien casi dos décadas fue su director), titulado *Asturias en el resurgimiento español*, apuntes históricos y biográficos (Madrid, 1935). Tato Lorenzo «vio claro» aquí también y estuvo a la altura de las circunstancias. No fue él solo. La propaganda antimilitarista se extendió cual reguero de pólvora por los países del Plata.

Ahora viene Párrafos de una carta. «Al hombre hay que explicarlo y no conducirlo más o menos despóticamente; hay que explicarlo en atención a su medio, a su historia, a sus capacidades». Firma José Torralvo. ¿Se trata de la misma persona que cita a veces Max Nettlau en sus escritos históricos sobre España? Torralvo colaboró luego asiduamente en «El Hombre», con hermosas colaboraciones, hasta que la marea bolchevique le perturbó también la cabeza. Defendió la tesis de la «dictadura del proletariado» en las mismas páginas de «El Hombre», polemizando con Tato Lorenzo, hasta que fundando una revista por tierras argentinas, se perdió para siempre.

Y así llegamos a las máscaras políticas, en donde se desensascara a las mismas: «Si la unión de los hombres de trabajo fuera un hecho, las máscaras políticas caerían, porque habría en buena hora desaparecido la razón de su existencia». Obreros, leed «La Batalla», se lee luego, claro que dicha publicación era aún de esencia libertaria. Vienen ahora las bases de la Liga antimilitarista del Uruguay, en las cuales se considera que «urge intensificar la



propaganda internacionalista y antimilitarista, a fin de que los ideales de solidaridad y emancipación humanas, se extiendan y se hagan más profundos en el pueblo y se imposibiliten así de una vez para siempre, las aventuras guerreras que sólo benefician a las clases dominantes». Para ello se debe luchar contra los «proyectos del servicio militar obligatorio, de educación militar en la escuela, de ampliación del presupuesto de guerra, como toda otra medida gubernativa o particular, que tienda a intensificar la preparación guerrera en el país». Las adhesiones se recibían en el local de la calle Río Negro, 1180. En mi colección tengo yo notable folleto de la época, titulado *Contra el servicio militar obligatorio* (Montevideo, *El Siglo Ilustrado*, 1915). Se trata de una conferencia pronunciada por el doctor Santin Carlos Rossi, bajo los auspicios del Comité Universitario.

Con La Educación de nuestros hijos asistimos a notable exposición de pedagogía libertaria. «Es sabido y archisabido que la enseñanza pública está — salvo honrosas, pero escasas excepciones — en manos de elementos retardatarios, plagados de prejuicios, con criterio refractario a las modernas ideas que, como es sabido, con celo que sería digno si se aplicara a la enseñanza de cosas útiles, trabajan las conciencias infantiles en la aversión a los modernos ideales de amor y fraternidad universales». En *Cómo educa el Estado a tu hijo* (Buenos Aires, Ed. Acción, 1928), Julio R. Barcos, demuestra cuán nefasta es la educación estatal para las mentalidades infantiles. Ahora llegamos a una Critiquilla, en la cual leemos que «dijo Mirabeau el en Parlamento francés — aunque a nosotros nos palpita que muchos años antes lo había dicho el fraile Mariana en la cátedra española — que existen tres maneras de vivir en sociedad: ser ladrón, mendigo o asalariado», concediendo así «una primacía al ladrón, al mendigo como secundario, y en tercero y último término al asalariado; es decir, nobleza, clerecía, proletariado». ¡Para enero, señores! trata de la agitación electorera, contra la cual se ironiza. Ahora un nuevo articulista diseña a La asamblea constituyente y su obra negativa. «No será obra de las leyes... sino de la educación racional y científica, el mejoramiento evolutivo de los hombres y su posibilidad de vivir en armonía». Con Para que vuelvan los capitales, pasamos a la tercera página, no llevando ninguna firma los trabajos de la segunda. Los políticos propagan la «mano fuerte» en la represión obrera, para que haya sepulcral tranquilidad, con el fin de que los inversores capitalistas vuelvan a traer los «capitales».

El día de los muertos viene ahora. «El prejuicio y el condicionalismo en lo referente a este culto, se mantiene en un apogeo digno de una época de mayores ignorancias». De la Argentina, hace saber que el vulgar delincuente Eloy Ubalde, ex jefe de policía en Buenos Aires, ha sido detenido y procesado en dicha capital, «tipo de triste recuerdo para los anarquistas y deportados por cuestiones sociales». He aquí ahora el siguiente pensamiento en negrita: «La inutilidad y la inferioridad de la vida en la mayoría de los obreros consiste en que no se sienten animados por un ideal interior». Vemos a continuación reproducido un manifiesto de la Federación Obrera Regional Uruguaya, dirigido Al Pueblo y firmado por El Consejo federal. La patronal portuaria había tomado medidas represivas en lo económico y lo gremial. «Ante tal atropello la F. O. R. U. levanta su airada protesta e invita al pueblo trabajador a que concurra a la gran ma-

nifestación popular que se efectuará mañana domingo 29 del corriente mes de octubre a las tres de la tarde. Punto de reunión: plaza Cagancha, partiendo por 18 de Julio, Sarandi, Maciel, hasta la explanada del muelle B, donde harán uso de la palabra varios oradores en representación de la Sociedad de Resistencia de la F. O. R. U.».

En Cositas de Don Viera, ¡Cosas veredes!, este presidente de la República (en realidad presidente ahora del Consejo Nacional de Administración), entiende que no se debe avanzar en una legislación social para no enfrenar a las clases poderosas. Nada en nuevo en cualquier gobernante, pues debe estar al servicio de las mismas. Llegamos así a Permanente, en donde leemos «La policía de la ciudad de Montevideo, en particular la sección de investigaciones, castiga y tortura a los delincuentes presuntos o efectivos, para arrancarles por la fuerza declaraciones arbitrarias o inciertas, valiéndose de la impunidad de sus cargos». Nada nuevo aquí tampoco. Nihil novum sub sole. Recientemente el senador peruano Luis Alberto Sánchez (que en su juventud escribió una biografía favorable al pensador libertario peruano Manuel González Prada) denunció en el «senado» de Lima a unos detenidos de la colonia penal El Frontón, sino que varios de ellos, hospitalizados de prisa en un hospital local, fallecieron poco después. Luis Alberto Sánchez se indignaba que tal cosa haya ocurrido en agosto de 1968, para más indicios, «¡El año de los derechos humanos!».

Llegamos ahora a las Notas Internacionales. En Estados Unidos han asesinado a Carlos Tresca, como «represalia por la obra de organización obrera que realizó en Minnesota, haciendo que veinte mil mineros despertaran a la acción». En Paraguay vese gran rebeldía obrera: «ni las revoluciones de seis años acá, han podido impedir la trascendencia de esta huelga general revolucionaria». En Argentina, granero de Sudamérica, hay mucha hambre: en algunas poblaciones del sur y sudeste de la república, trabajadores desocupados obligados por la miseria, han asaltado algunos almacenes». En Portugal, «los presidios militares de Trapa y San Julián, están repletos de compañeros desertores que se rebelaron contra la guerra». En España, «la inquisición española no ha muerto». ¡En qué mundo se vivía y se sigue aún viviendo! Menos mal que no todo es tragedia, cual lo anuncia La Gran Velada del Centro Gastronómico, quien anuncia una velada artística del más alto interés para el jueves 9 de noviembre. Cuatro obras teatrales, una conferencia educativa y algunos números de canto, en el salón teatro del Centro Asturiano.

Actos de esta noche Contra el servicio militar obligatorio. En el Centro Internacional de Estudios Sociales (calle Río Negro 1180) «tendrá lugar a las 20 y 30 una controversia sobre el servicio militar obligatorio y el militarismo». En Bellavista, cruce de las calles Uruguaya y San Carlos, también a las 20 y 30, «gran conferencia contra el servicio militar obligatorio» organizada por el «Comité del Reducto Juventud de Bella Vista». Estas actividades antimilitaristas motivaron que en el Uruguay el militarismo siempre fuera mercenario y que los jóvenes no se viesen obligados a pasar por la ignominia cuartelaria. Llegamos así a la última y cuarta página, sin que tampoco en la tercera hayamos encontrado firmadas las colaboraciones.

En Vida Obrera, «la cuestión obrera no pide permiso para existir, existe por sí misma; tiene vitalidad, en las causas que condicionan su existencia; es hija legítima de las circunstancias». Por lo tanto, «no estamos fuera del



medio obrero, que es actualísimo, por el hecho de ser idealistas». Ratifica esta posición la siguiente colaboración titulada Huelga en Piriápolis: «La Federación Obrera Regional Uruguay» recibió un telegrama en el que se le notifica que los obreros que trabajan en la localidad de Piriápolis, propiedad del literato y explotador Francisco Piriá, se han levantado en huelga a causa de los miserables salarios que perciben y de los malos tratos a que están sujetos por los canallas del referido lugar de turismo».

Por nuestros Centros Sociales informa sobre las actividades de los mismos. Labor y Ciencia «fundado recientemente por una juventud entusiasta y decidida a mejorarse haciendo propaganda educativa» se halla situado en Joaquín Requena, esquina La Paz y tiene buena biblioteca en formación. Nueva Senda (calle Cervantes nº 63), «ha realizado en estos días dos conferencias públicas contra el servicio militar obligatorio». Arroyo Seco es un «activo y entusiasta Centro de Estudios Sociales situado en la calle Jujuy nº 254», distinguiéndose, «por sus continuas y concurrencias de carácter educativo que realiza semanalmente». Villa Muñoz realizó hace poco «una velada teatral y cinematográfica en el biógrafo Reducto, «que constituyó un simpático acto de compañerismo». En breve «realizará varias conferencias contra el servicio militar obligatorio en la plazoleta de las calles Justicia y Arenal Grande». Biógrafo significa cine. Centro Gastronómico es una reciente agrupación «que ha captado las simpatías de todos los compañeros». Publica «una revista actualmente mensual, que en breve aparecerá quincenal» y da «conferencias bisemanales, clases de francés y amena causerie todas las noches». Brazo y Cerebro, «reabrirá en breve sus puertas en su nuevo local perteneciente a la Aguada». Para el jueves y el sábado de la próxima semana de noviembre, «dará dos conferencias» contra la barbarie militarista. Emilio Zola (calle Capurro nº 69) continúa «todos los martes las clases de esperanto». Su biblioteca cuenta con numerosos lectores y «realizará en breve varias conferencias contra el servicio militar obligatorio».

El Cerro de Montevideo tiene el Centro Luz y Vida, «a juzgar por la actividad que siempre ha desplegado», principalmente cuando «la huelga de los Frigoríficos, suponemos que los compañeros de esta agrupación realizarán en la Villa del Cerro una enérgica campaña contra el servicio militar obligatorio y los comicios electorales de noviembre».

Función-Rifa a beneficio de «La Batalla» y la agrupación «Brazo y Cerebro», se anuncia a continuación. Tendrá lugar el sábado 4 de noviembre en el teatro Stella d'Italia. Se pondrá en escena El Cristo Moderno y se sorteará la rifa. Luego viene un Balance de la velada realizada el 15 de octubre por los Centros de Estudios Sociales Arroyo Seco y Villa Muñoz. Se vendieron 309 entradas y luego de los gastos hubo un beneficio de 18 pesos y dos centésimos. Ahora en Vida Anarquista se da el nombre de los Centros y sus direcciones. Además de los más arriba mencionados, esta Labor y Ciencia (calle Municipio nº 1140) y la Agrupación Volontá (compañeros italianos) con sede en el Centro Internacional.

Llegamos al artículo final y al único firmado (con las iniciales J. M. P.). Se trata de Socialismo y Anarquía. Se demuestra la ineficacia y esterilidad del socialismo parlamentario y se ensalza al anarquismo. «El verdadero anarquismo no anhela ni busca otra cosa que la libertad, base de la justicia». Para dejar caer el punto final, me viene a la memoria este pensamiento del historiador uruguayo Celedonio Nin y Silva, estampado en su libro La Libertad a Través de la Historia (Montevideo: Editorial Independencia, 1943), y que muy bien simboliza la vida fecunda de nuestro compañero José Tato Lorenzo: «No como el ave que en su raudo vuelo no deja rastro en su paso — según la conocida imagen del autor de Sabiduría de Salomón —, sino como el arado que en su marcha surca la tierra para que en ella crezca fecunda semilla que beneficiará a los hombres, tal ha sido la trayectoria del curso de mi ya larga y silenciosa vida de estudioso, en la que me propongo perseverar hasta el fin».

## Las jerarquías en la naturaleza

**I** A menor reflexión basta, sin embargo, para denunciar la absurdidad de esa construcción pseudocientífica.

Ante todo, ¿de qué aptitud se trata cuando se habla de supervivencia del más apto? De la aptitud a vivir, evidentemente. El resultado de la selección natural producida por la lucha por la vida sería la formación de una aristocracia orgánica, puesto que, si hay más aptos, es evidentemente porque hay también menos aptos, en muy grande mayoría, como en todos los concursos. Los primeros sólo subsisten actualmente. No tenemos, pues, más que echar una ojeada alrededor nuestro para descubrir los nobles de la botánica y de la zoología: son las plantas y los animales que pueblan hoy la tierra. Entre éstos figura el hombre, en verdad, pero también el arenque, el gorrión, la mosca, la babosa, todas especies prósperas que dan por consecuencia pruebas iguales de su actitud a vivir, que coronan todas una serie igualmente larga de esfuerzos selectivos de la naturaleza.

Si fuera preciso, entre esta nobleza, instituir una jerarquía, se debería dar el primer rango a la más antigua. Las especies, por ejemplo, que existían, tal como las vemos aún, al principio de la era geológica del trias, resistieron, sin debilitarse, a innumerables cambios que se produjeron sobre la superficie terrestre, a innumerables siglos de peligros ignorados por la fauna terciaria: paquidermos, carnívoros, roedores, rumiantes, primates. Las especies muy viejas han alcanzado infinitamente más victorias que las recientes. En ellas es donde la vida ha encontrado las fortalezas más resistentes a los asaltos de la muerte. ¿Cuáles son, pues, los vástagos de la suprema aristocracia biológica? He aquí algunos, por orden ascendente de mérito: el cocrilo, la iguana, la libélula, la ostra.

El principio de la supervivencia del más apto no tiene, pues, ninguna aplicación social, puesto que conduce no solamente a igualar el hombre a la babosa, sino también a colocar a la ostra por encima del hombre, que no es más que un advenedizo de fecha reciente.



# Tarde de sensaciones

por MERCEDES RUBIO

**L**AS flechas del templo se afiligranan atrevidas en el espacio azul. Hay un arco ojival en la fachada, cuya tristeza tiene esa infinita expresión de cansancio que vierten los sauces sobre las tumbas. La felicidad — nos dice — es como una certeza de poder dormir.

En el interior resuenan los pasos de los visitantes con un ruido cóncavo que va a quebrarse en las aristas del techo en sombras. Yérguese en su camarín la Virgen de los Dolores. El ensanche fastuoso de sus ropas la transforma en triángulo. Con gesto triste nuestra miseria entre tantas galas posando la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto caído en sus brazos. E inmóvil e inmutable simboliza el más agudo de los dolores.

Cortemplando esta imagen y los rostros de los que a ella van, he pensado yo hoy: nunca un dios risueño y feliz atraerá a los desdichados.

Pero en el mundo no hay sólo desdichados. Los que cometen el pecado de sentirse felices, ¿dónde van a orar? Las divinidades de Grecia eran alegres. La risa de Baco, los alardes deportivos de Diana... ¿En qué altar hallaremos ahora eso? ¿Será preciso molestar a Luzbel una vez más?

Este pensamiento tiene la facultad de galvanizarme. Salgo a la calle y la obsesión martillea tenaz en el yunque de mi espíritu. Luzbel — me dijo — debe recoger en sus cabellos rojos todo el fuego del infierno y de la vida. ¿Por qué no conocerle?

La noche es como un inmenso pergamino que aguardase mi firma. Y en el ascensor de una estación del Metro, descendiendo a las habitaciones privadas de Satán.

— ¿Se puede?

— Adelante.

Una pieza rectangular me acoge. Una sombra negrísima se alza en su centro. A la línea esbelta de su figura da contorno de fuego una ígnea cinta. En el óvalo armónico de su fisonomía están los ojos hirientes de todos los rebeldes, los labios falaces de todos los inquietos de espíritu. Se parece a Dante, a Cleopatra, a Santa Teresa, a Napoleón. Se parece también a los caballeros prodigiosamente inteligentes que el Greco abandonara clavado en la cruz de sus dudas sobre fondos de hollín.

— ¿Qué deseas?

— Hacerte una entrevista.

El negro personaje no se sorprende demasiado. Sonríe. Despliega sus alas, membranosas como las de los murciélagos. Bajo ellas, las bóvedas de la catedral donde poco antes resonaban mis pasos, acuden a mi memoria.

— Haz el favor de sentarte. Estoy a tu disposición — ha dicho cortésmente el maldito.

Y al serenarme para sonreír y aceptar el asiento, reparo en una enorme percha de la que penden infinitud de vestidos usados. Son mentiras.

Respondiendo a mis tímidas preguntas, habla Luzbel. Y tiene su voz inflexiones aterciopeladas. Y evoca su acento paisajes levantinos a orillas de una mar tan azul que parece desteñir azul.

— Tengo una hija. Se llama Vida. Cuando los árboles estrenan vestido, cuando la hierba invita a la pereza como un lecho, es que ella ha transitado por allí. Cuando brinca en el aire la catarata rítmica de una danza regional, ella sabe poner anhelos en las mozas que escuchan; mozas que tal vez tejen bolsilos o renuevan las rosas del retablo casero o confitan las frutas de sus huertos; mozas cuyas orejas florecen en arracadas que son racimos de bolas de oro bajo un pámpano menudo. Porque la Vida es jocunda, y hay en ella movimientos de serpiente y ansias de Salomé. Y sus brazos se dibujan audaces, dignos de figurar abiertos entre nubes como están en los escudos de las naciones jóvenes.

Tengo, además, un amigo que se llama Amor. Sin ser pecado, sabe servirme muy bien. Y yo juré respetarlo siempre. ¿Notaste cómo ninguna otra pasión domina a los hombres que tendieron a las plantas de mi amigo?

Al llegar a este punto se interrumpe Satán. Ha llegado a su oído sutilísimo una risa lejana o una increpación. Y con la rápida presteza de los fuertes se va volando. Y yo me veo precisada a guardarme muchas preguntas que aun pensara clavar una a una en el acerico de su rebeldía.

## CONCEPTOS

*Como bastaba mucho simplismo y poca imaginación para traducir esas fórmulas célebres en sociología aristocrática y militar, ello no se dejó de hacer, sobre todo entre los pangermanistas. Se afirmaba, como hizo Paul Bourget que, según la unidad de plan de la naturaleza, el universo físico y el universo moral están contruidos con los mismos modelos, que hay un paralelismo riguroso entre todas las leyes de la vida, ya se apliquen a organizaciones sociales, ya rijan organismos fisiológicos. Ahora bien, la naturaleza ha procedido por una elección asídua y muchos centenares de veces milenaria cuando ha formado las especies animales, que representan así una vieja aristocracia, reclutada por la victoria de los seres bien armados sobre los débiles.*



# En busca de una salida

por MOISES MARTIN

**H**A de haber para nuestro pueblo, es imposible que no exista, una solución de dimensiones justicieras. Los treinta años de desgobierno franquista no deben llevarnos al lastimoso cruzarse de brazos, renunciando a la lucha que es la manera de salvar el presente angustioso en el cual nos hallamos situados. Todo menos entregarnos a aceptar los hechos como si no pudiésemos cambiar la faz y el destino de las cosas. Estamos desgobernados por una serie de fantasistas a los que el mismo Franco ha dado su verdadero nombre cuando en varias ocasiones ha dicho: «Mis ministros son unos botarates.» Porque en las alturas del Poder franquista no se quiere a los hombres de relieve, sino a los que cubren el expediente y van tirando del carro nacional montados en el machito.

En la Rusia bolchevique se rendía culto a la personalidad; en el Tercer Reich se hacía del Führer un omnipotente; pero en la España de los asnos tonsurados, como supo decir Ortega y Gasset, gloria universal, se buscan burros de carga, tipos incapaces para que no despierten el menor signo de mejoramiento y de renovación. Es la quietud paradisíaca en la gelatina, la pereza hecha gestión, la entrega al relajamiento, es decir, la tontera completa en los quehaceres del país. Pero España es un pueblo que quiere vivir, que no se da por vencido porque lleva en sí el germen de la renovación y el gusto de la vida. Quiere la alegría y en el mismo dolor sabe vencer a la pena negra que mata. Canta su sufrimiento pero sabe que para vencer y remontar la cuesta del presente debe redoblar sus energías, hacer de tripas corazón mientras llega la hora soñada que los hombres y los pueblos esperan para poner fin al imperio del terror sin alma y sin entrañas. Y esa hora ha de llegar porque la vida pasa y el tiempo no renuncia a nada. Lo que está escrito en el libro de la Justicia permanente no puede ser destruido más que de una manera pasajera, pues que la naturaleza se rehace y el empalme de la historia es seguro y además inevitable.

No nos cansaremos de afirmar que España necesita una salida. Está sitiada en un callejón y hay que abrirse paso cueste lo que cueste. Nada conseguiremos mientras no logremos destruir la muralla del viejo Estado absolutista que desde hace varios siglos viene cercenando la personalidad de los pueblos ibéricos. Y para acabar de una vez con las malas andadas del centralismo avasallador se impone curar al hombre de los contagios morbosos del despotismo. Y esto se alcanza haciendo patente la renuncia del hombre a toda concepción dictatorial, declarando guerra abierta al imperio del banderismo mesiánico y al caudillaje de casta.

España puede salvarse creando un clima de solidaridad general que facilite la reconstrucción de la morada nacional previa la desaparición del régimen opresor que reina en nuestro territorio. Hay que poner a salvo las ramas más productivas del árbol de la sociedad española. Defender los intereses de la clase trabajadora, hoy expoliada y deformada por las huestes del mal. Cultivar con esmero y concienzudamente los brotes renovadores de nuestra preciosa cultura, que son joyas del universal saber. Conquistar a la juventud para empresas de valor positivo donde lo moral vaya unido a lo eficaz. Y hacer de la in-

fancia el cuerpo vital de la España nueva que debemos establecer con la mayor urgencia.

Acabar con la política de los ladrones que robaron el derecho al pueblo es el imperativo categórico del momento presente. Sólo así podremos devolver a nuestro pueblo su salud física y su vida feliz. El sindicalismo de orientación libertaria es el mejor instrumento de lucha para acabar con la tutela estatal, el poderío de casta, los abusos oligárquicos y el fanatismo católico que son nuestra ruina y nuestro error. Con toda urgencia y sin pérdida de tiempo hay que recobrar la dignidad comprometida del hombre que vale más que todas las leyes, instituciones y códigos creados por los intereses personales y las ambiciones de hegemonía.

Para liberar al país se impone conseguir la emancipación social en los cauces del auténtico derecho para todos. Únicamente se acaba con la miseria moral y material buscando la alternativa en la lucha sin cesar por los objetivos que nos hemos trazado. Para ello se requiere que las ansias de manumisión intelectual y económica no sean aherrumbadas, sino que cada día tengan más vigor popular y multitudinario. Nuestras tácticas sindicalistas revolucionarias deben llegar a todas



partes, estimulando la rebeldía creciente, alentando a los inquietos y decididos, no prescindiendo de ningún concurso valioso, recogiendo todo lo que sea útil y eficaz a los nobles fines que nos animan. La acción de tipo popular directo es el método reparador que puede acercarnos a la victoria de nuestro pueblo contra sus enemigos seculares: la nobleza estrecha y obtusa, el clericalismo nacionalista y devastador, y el militarismo, sable con que se castiga al pueblo no dejándole avanzar por derroteros de salvación y reconstrucción.

No se puede pedir hoy, a la vista de los grandes cambios mundiales, que en nuestro país se entre en una fase de pequeñas reformas, que muchas veces, en lugar de mejorar las cosas las estropean. Se precisa cambiarlo todo de abajo arriba, ganando tiempo y medios de aplicación de cuanto nos importa llevar a cabo. Se ha hecho de nuestro pueblo una masa pobre e indefensa para que no exija lo que le pertenece, pero nosotros hemos de saber despertar las ansias evolutivas que a la superación colectiva conducen. Demos al pueblo la fuerza que ayer tuvo, devolviéndole su personalidad. No queremos consignas sobadas y manoseadas, explotando la unidad po-

lítica. Sin unión moral y revolucionaria, aglutinando todos los factores sociales no iremos a ninguna parte. Han pasado ya a la historia los farragosos colaboracionismos, y lo que cuenta es la lucha directa popular para afinicar los derechos conquistados por el pueblo, cuya causa no puede ser escamoteada.

En el curso de la guerra y la revolución el exquisito Antonio Machado escribió un pensamiento admirable que citamos a continuación: «No faltará quien piense que las sombras de los yernos del Cid acompañan hoy a los ejércitos facciosos y les aconsejan hazañas tan lamentables como aquella del «robledo de Corpes». No afirmaré yo tanto, porque no me gusta denigrar al adversario. Pero creo, con toda el alma, que la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos y que en el juicio de Dios que hoy, como entonces, tiene lugar a orillas del Tajo, triunfarán otra vez los mejores. O habrá que faltarle el respeto a la misma divinidad.»

No hay blasfemia más grande ni más justa que la del poeta creyente y revolucionario a la vez. No es que hayan triunfado los mejores. El verdadero triunfo no ha llegado todavía. Se está incoando en la conciencia del país

y saldrá a la superficie. La victoria no la ganaremos en una determinada batalla, ya sea en el Tajo o en el Ebro, sino en los campos y en las minas, en las escuelas y Universidades, en los centros técnicos y los laboratorios. Allí hay que ganar la batalla inicial para que la revolución no sea aborto desgraciado, sino revolución fecunda y bienhecho-  
ra.

Hay que salir del atasco. Pon-  
gamos el hombro y demos el do  
de pecho. No esperemos milagros  
ni regalos. Lo que es nuestro de-  
bemos reconquistarlo con energía  
y decisión. No perdiendo días y  
más días, sino ganando minutos  
e instantes que buena falta nos  
hacen. Escuchemos la voz de  
nuestra responsabilidad íntima.  
Las condiciones sociales comien-  
zan a madurar. Lo que es impor-  
tante es ayudar con todos los me-  
dios a que la salida de España no  
se demore. Unamos a todos los  
que viven de su trabajo. Llegue-  
mos a todas las voluntades esfor-  
zadas y decididas. Que nuestra  
lucha sea estímulo y ejemplo, y  
que en todo momento podamos  
decir que lo hemos dado todo por  
que España encuentre una salida  
a sus males y una ruta para mar-  
char hacia la justicia social y el  
derecho para todos.

## Frases de hombres célebres

Cada fracaso le enseña al hombre algo que necesita aprender. — C. Dickens.

★

Nadie habla en nuestra presencia del mismo modo que en nuestra ausencia. La sociedad humana está fundada en este mutuo engaño. — Pascal.

★

Se ha de leer mucho, pero muchos libros; ésta es una regla excelente. La lectura es como el alimento; el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere. — Balmes.

La moral es independiente, es superior a la utilidad. La moral manda de modo absoluto; es como una voz sublime que impone respeto, que nos amonesta invenciblemente, aunque queramos hacerla callar y tratemos de no escucharla. — Kant.

★

La valentía que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del

temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. — Cervantes.

★

La obra educativa que más urge en el mundo, es la de convencer a los pueblos de que sus mayores enemigos son los hombres que les prometen lo imposible. — Ramiro de Maeztu.

★

No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo. — Tolstoi.

★

La ley social puede conceder a todos los hombres los mismos derechos; la Naturaleza no los dotará jamás de iguales facultades. — Napoleón.

★

Las manías de un gran hombre tienen que ser respetadas, porque el tiempo perdido en luchar contra ellas es demasiado precioso. — A. Maurois.



# La expresión de la vida en el arte<sup>(1)</sup>

por JUAN MARIA GUYAU

**E**l arte persigue dos fines distintos: trata de producir, por un lado, sensaciones agradables (sensaciones de color, de sonido, etc.); por otra parte, fenómenos de inducción psicológica, conducentes a ideas y a sentimientos de naturaleza más compleja (simpatía hacia los personajes representados, interés, conmiseración, indignación, etc); en una palabra, todos los sentimientos sociales. Estos fenómenos de inducción son los que hacen el arte expresivo de la vida.

Siempre que el arte tiene por objeto las sensaciones, se encuentra en presencia de las leyes científicas, que en su mayor número son absolutamente incuestionables. La estética, por este lado, se pone en contacto con la física (óptica, acústica, etc.), con las matemáticas, la fisiología y la psico-física.

La escultura se apoya especialmente sobre la anatomía y la fisiología; la pintura, sobre la anatomía, la fisiología y la óptica; la arquitectura, sobre la óptica (la regla de oro, etc.); la música, sobre la fisiología y la acústica; la poesía sobre el metro, cuyas leyes más generales se refieren seguramente a la acústica y a la fisiología.

Si el arte se refiriese a ese solo objeto: producir sensaciones agradables, su dominio sería relativamente limitado, y sus leyes mucho más fijas. En efecto, el carácter agradable o desagradable de las sensaciones depende de leyes científicas que no sería imposible determinar un día. Si, pues, el arte llegase a no tener otro fin que el de encontrar los ojos y los oídos, podría reducirse un día a un sistema de reglas técnicas, a una cuestión de saber hacer, o de más genio que el que necesita el polvorista para componer, según fórmulas químicas, y lanzar en direcciones calculadas, sus cohetes multicolores.

Un arte que nos procurara tan sólo de ese modo sensaciones agradables, dispuestas lo más sabiamente posible, sólo nos daría una pura abstracción de las cosas y del mundo; pero la miel más dulce extraída de la flor no sustituye, no obstante, a la flor. Tal arte tendría hasta el más alto grado el defecto inherente a todas las artes, que es el de mostrarse infinitamente más estrecho que la naturaleza. Las reglas de la sensación agradable son límites para el arte; la misión del genio en el arte es precisamente alejar siempre esos límites, y para eso parece violar a veces las reglas. En realidad, no atenta a ellas de una manera absoluta, pues da vuelta, y de ese modo se esfuerza en ensanchar incesantemente el reino que el arte se conquista en la naturaleza infinita.

El verdadero objeto del arte es la expresión de la vida. El arte, para representar la vida, debe observar dos clases de leyes: las leyes que fijan en nosotros las relaciones de nuestras representaciones subjetiva y las leyes que

fijan las condiciones objetivas bajo las cuales es posible la vida.

Las leyes que rigen las relaciones de las representaciones forman una especie de ciencia de la perspectiva interna. En todo arte, como en la pintura, hay efectos de escorzos, de sombra y luz, cuestiones de primero y segundo plano. El artista dramático, por ejemplo, está siempre obligado a forzar ciertos rasgos, para formar la ilusión de la realidad; sólo representa la vida con infidelidades calculadas.

En cuanto a las leyes que se refieren a las condiciones objetivas en las cuales se produce la vida, son en gran parte desconocidas, y no pueden ser objeto de ciencia alguna exacta. Es muy difícil definir científicamente la vida, aun en sus manifestaciones más íntimas, y con mayor motivo la vida mental y moral que el artista trata de presentarnos en sus obras. La vida es tanto más intangible por medio del análisis abstracto cuando está más individualizada; pero, la individualidad en su más alto grado es el objeto preferido del poeta, del novelista, del artista. La psicología del carácter individual, lejos de formar una ciencia acabada sobre la cual pueda apoyarse el poeta o el novelista, está aún por crear; y es el poeta mismo o el novelista, son los Shakespeare o los Balzac quienes contribuyen a crearla y reúnen instintivamente los elementos a ella necesarios.

Lo que hace que la ciencia de la vida moral y del carácter pueda salir difícilmente del estado rudimentario en que se encuentra, es el estar reducida, como todo método, a la observación y no a la experimentación. El solo experimentador, hasta cierto punto, es el poeta o el novelista que, cuando tiene el don de vida, nos hace ver y tocar caracteres que se desarrollan en un medio nuevo, que varía a voluntad. La creación artística, cuando es bastante vigorosa, consigue un valor que se acerca a la experimentación científica, aunque sea siempre muy diferente.

Se sabe cuán difícil es, aun para un tirador, cubrir una bala, seguir por segunda vez el camino abierto por la primera; es la misma habilidad que debe ejecutar incesantemente el escritor, adivinando en cada corazón

(1) De «El arte desde el punto de vista sociológico», obra escrita por el gran filósofo francés, al igual que «La educación y la herencia», poco antes de su prematura muerte, ocurrida en el año 1884, cuando sólo contaba 33 años. Entre sus producciones más notables cabe citar: «Los problemas de la estética contemporánea», «La moral de Epicuro y sus relaciones con las doctrinas contemporáneas»; «Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción», «La irreligión del porvenir».



las heridas más o menos profundas hechas por la vida misma, los caminos por los cuales puede pasar por segunda vez, apuntando en el preciso sentido en que la naturaleza ha tirado al azar. Se echa en cara frecuentemente a ciertos genios el ser sutiles; pero, ¿qué más sutil que la naturaleza? El espíritu no igualará jamás a las cosas en ramificaciones y en sinuosidades; solamente es necesario que, en todas esas ramificaciones la savia de la vida circule, como corre la sangre por las innumerables fibras que reúnen entre sí las células cerebrales. Crear es saber ser a la vez sutil como el pensamiento y real como la vida, en el fondo, no es sino un grado más de complejidad. Saber ser lo bastante sutil para ser pura y sencillamente real.

Uno de los defectos característicos en que cae pronto el que vive demasiado exclusivamente para el arte, es el de no ver y sentir con fuerza en la vida más que lo que le parece más fácilmente representable por medio del arte, lo que puede transportarse inmediatamente al dominio de la ficción. Poco a poco el arte va prevaleciendo para él sobre la vida social; siempre que se emociona refiere su emoción a este fin práctico, el interés de su arte; no siente ya para sentir, sino para utilizar su sensación y traducirla. Es como el actor de profesión, en el cual todo gesto y toda palabra pierde su carácter espontáneo para pasar a ser una mímica; el Talma, tratando de sacar partido hasta del grito de sincero dolor que se le escapa a la muerte de su hijo y oyéndose sollozar. Pero existe la siguiente diferencia: que el actor, por ese perpetuo estudio de sí mismo, desde el punto de vista de su arte, altera, sobre todo, sus gestos y su acento, mientras que el artista puede alterar hasta su sentimiento íntimo y falsear su propio corazón. Flaubert, que era artista hasta la médula de los huesos y que presumía de serlo, ha expresado este estado de espíritu con una maravillosa precisión; según él, habéis nacido para el arte si los accidentes del mundo, desde el momento en que son percibidos, os aparecen traspuestos como para el empleo de una ilusión que describir, de tal modo, que todas las cosas, incluso vuestra existencia, no os parecen tener otra utilidad. En nuestra opinión un ser organizado de tal modo fracasaría, por el contrario, en el arte, pues es preciso creer en la vida para devolverla en toda su fuerza; es preciso sentir lo que se siente, antes de preguntarse el porqué y de tratar de utilizar su propia existencia. Es detenerse en la superficie de las cosas, ver en ellas tan sólo efectos que recoger y devolver, confundir la naturaleza con un museo. «Me despreciaría demasiado — dice Flaubert a Jorge Sand — si os dijera que en Suiza me aburro hasta morir... No soy el hombre de la naturaleza, y no comprendo nada de los países que no tienen historia. Daría todos los glaciares de Suiza por el museo del Vaticano». «Una cosa bien característica de nuestro ser — dice también Goncourt —, es no ver nada en la naturaleza que no sea un recuerdo y una llamada del arte. Veo un caballo en una cuadra, y en seguida un estudio de Géricault se dibuja en mi cerebro, y el tonelero del patio vecino me hace ver una aguada a tinta china de Boilvin».

Este fondo vivo del arte, que debe transparentarse siempre bajo la forma, está constituido por de pronto de ideas, después de sentimientos y de voluntades.

La palabra no puede nada sin la idea, como el diamante mejor tallado no puede brillar en una oscuridad completa sin un rayo de luz reflejado en sus facetas; la idea es la luz de las palabras. La idea es necesario a la emoción misma y a la sensación para impedirles ser triviales y usadas. «La emoción es siempre nueva — ha dicho Victor Hugo —, y la palabra ha servido siempre; de ahí la imposibilidad de expresar la emoción». Pues no, y esto es lo que hay de desolador para el poeta, la emoción más personal no es tan nueva; por lo menos tiene un fondo eterno; nuestro corazón mismo ha servido ya a la naturaleza, como su sol, sus árboles, sus aguas y sus perfumes: los amores de nuestras vírgenes tienen trescientos mil años, y la mayor juventud que podamos esperar para nosotros o para nuestros hijos asemeja al de mañana, a la de la alegre aurora, cuya sonrisa está rodeada por el sombrío círculo de la noche: noche y muerte, son los dos recursos de la naturaleza para rejuvenecerse siempre.

La masa de las sensaciones humanas y de los sentimientos sencillos es sensiblemente la misma a través del tiempo y del espacio. Si se ha vivido treinta años, con una conciencia bastante afinada, en un rincón no muy aislado del mundo, puede contarse con no sentir ya sensaciones radicalmente nuevas, sino solamente tintes no conocidos hasta entonces, novedades de pormenor. De ahí el aplazamiento en que no tarda en caer el que considera la vida como puro diletante, buscando en ella impresiones tan sólo, motivos de reproducciones estéticas y croquis por decirlo así. Al cabo de cierto tiempo estará cansado hasta ta de lo pintoresco, que acaba por repetirse como todas las cosas y por usarse.

Lo que crece para nosotros a medida que avanzamos en la vida, lo que constantemente crece para la humanidad en general, es mucho menos la masa de las sensaciones brutas que de las ideas, los conocimientos, que son los que obran sobre los sentimientos. La ciencia ha sido, hasta ahora por lo menos, susceptibles de una extensión sin límites: por ella, sobre todo, podemos esperar añadir algo a la obra humana, por ella podemos esperar tener despierta y satisfacer siempre nuestra curiosidad, procurarnos la convicción de que no vivimos en vano. El arte por el arte, la contemplación de la pura forma de las cosas acaba siempre por conducir al sentimiento de una monótona Maya, de un espectáculo sin fin y sin objeto, del cual no se saca nada. Sólo la inteligencia puede expresar en una obra exterior el juego de la vida, hacer que nuestro paso por el mundo sirva para algo, asignarnos una función, un papel, una obra mínima cuyo resultado tiene, no obstante, probabilidad de sobrevivir al instante que pasa. La ciencia es para la inteligencia lo que la caridad es para el corazón; es lo que hace infatigable, lo que siempre levanta y refresca; da el sentimiento de que la existencia individual y hasta la existencia social no es un pateo en un mismo sitio, sino una ascensión. Digamos más: el amor a la ciencia y el sentimiento filosófico pueden, introduciéndose en el arte, transformarlo incesantemente, pues no vemos siempre con los mismos ojos y no sentimos con el mismo corazón cuando nuestra inteligencia es más abierta, nuestra ciencia más amplia, y vemos más universo en el menor individuo.

Aparte de las ideas, el arte tiene como principal objeto la expresión de los sentimientos, porque los sentimientos que animan y dominan a toda la vida son los únicos que



# Causas determinantes de la regresión española

por RAMON LIARTE

**S**ABIDO es que el dictador Franco se mantiene en el Poder desde hace treinta años, merced a un golpe de Estado católico-militar perpetrado para destruir la legalidad popular. Semejante genocidio pudo llevarse a cabo mediante el apoyo de los déspotas Hitler y Mussolini, cuyos personajes de triste memoria pretendieron resucitar la raza de los nibelungos salidos de las selvas negras y los centuriones romanos a fin de hacer una Europa unida por el «resplandor de la espada», que siempre ha sido símbolo de terror y barbarie.

Cayeron los Estados totalitarios del Eje Roma-Berlín-Tokio, de quien Franco es un engendro, y éste, a la vuelta de los años, se mantiene encumbrado en las esferas supremas de la nación abusando de la violencia. Pero los sostenedores del absolutista de El Pardo, desde 1945, son los mismos que declararon que, con su triunfo, al final de la segunda guerra mundial, 1939-45, serían barridos todos los vestigios del imperio concentracionario italo-alemán.

En el plano interior, los treinta años de hegemonía franquista son peor que una catástrofe. Representan la decadencia del país. Rezago de un siglo en la evolución y el progreso de la nación y su pueblo. La dictadura es peor que la peste y la filoxera.

Bajo el reinado de Franco nada se proyecta con vistas al futuro. En lugar de formar técnicos se fabrican curas a granel, en gran escala.

Hay en la España actual un cura por cada 900

habitantes; una parroquia por cada 1.500 ciudadanos sometidos; y, más de 27 seminaristas por cada 1.000 habitantes. En esta clase de producción aventaja en un mil por cien a la nación que más se aproxima al Estado religioso franco-falangista.

El Estado unitario no enfoca la inversión de capitales con perspectivas abiertas hacia el porvenir, sino con vistas a cubrir el balance de pagos. España, es un país de fachada en el que se invierten sumas fabulosas en la construcción de suntuosos edificios para atraer turistas, mientras un considerable número de españoles viven en chabolas. En un Estado acéfalo en el que se invierten miles de millones en la construcción de criptas para los muertos, en tanto que los seres vivientes no tienen los más elementales derechos a la vida. Una nación sacrificada que, mediante los ingresos que proporciona el turismo, se parece mucho a un mendigo acosado por la miseria y cubierto de halajas...

Es el nuestro un país en el que todo está por hacer y en el cual, la falta de mano de obra especializada ha tenido que emigrar al extranjero, porque un obrero agrícola, de los españoles que van a Suiza, gana mucho más que un empleado de Banca en Madrid. Y una sirvienta en París tiene más haberes que una maestra de primera enseñanza en Barcelona.

4.000.000 de españoles trabajan en el extranjero. ¿Qué suponen las divisas al lado del capital trabajo si el esfuerzo de los españoles fuese dedicado íntegramente a la economía de nuestro país? Es una operación financiera que no han querido plantearse los mostrencos financieros de la bancarrota general.

¡Ah!, nos cabe el orgullo de tener más generales con mando en el Ejército español que cuentan los Estados Unidos de Norteamérica y la U.R.S.S. No todo han de ser miserias y calamidades... Veamos lo que debemos analizar detenidamente.

Cinco ministerios como el del Ejército, Marina, Aire, Gobernación y Justicia, se atribuyen del presupuesto nacional, 27.531 millones de pesetas, mientras que el de Instrucción Pública, el de Agricultura, el de Industria y Comercio, el de Trabajo y el de la Vivienda, otros cinco ministerios que desarrollan funciones vitales y constructivas, o que deberían desarrollar altos merestres, no se les asigna más que 11.661 millones de pesetas, es decir, mucho menos de la mitad. El régimen de Franco se ha podido permitir el lujo de lesa injusticia de condenar a largos años de cárcel al inocente y al

## La expresión de la vida en el arte

*valen en ella. Mi amor es más vivo y más real que yo mismo. Los hombres pasan y con ellos sus vidas, el sentimiento permanece. El sentimiento o, mejor dicho, la voluntad, puesto que todo sentimiento es una voluntad en germen. El sentimiento es la resultante más compleja del organismo individual; y es al mismo tiempo lo que menos morirá en ese organismo; es la fórmula más profunda de la realidad viviente.*

*El arte no es sólo un conjunto de hechos significativos; es ante todo un conjunto de medios sugestivos. Lo que dice toma frecuentemente el principal valor de lo que no dice, pero sugiere, hace pensar y sentir. El gran arte es el arte evocador, que obra por sugestión. El objeto del arte, en efecto, es producir emociones simpáticas y, para eso, no representarnos puros objetos de sensaciones o de pensamientos, por medio de hechos significativos, pero sí evocar objetivos de afecto, sujetos vivos con los cuales podamos formar sociedad.*



justo, fusilando a quien le ha parecido bien sin formación de causa y formando causas draconianas...

Desde el inicio de la política llamada **de liberación** no se ha vivido un minuto de paz. Consejos de Guerra detenciones en masa y aplicación severa y desmedida de la ley a todos los ciudadanos no conformes con el sistema de la crueldad nacional.

El Estado franco-falangista es excepcional en todo, excepto en lo que por ser bueno le es desconocido por completo. Ante tamaño panorama, ¿qué garantía puede ofrecer al mundo exterior el Gobierno de la tiranía y la barbarie? Ninguna, mas el exterior no se preocupa de la vida de los españoles.

Franco es traidor por temperamento y vocación. Traicionó a la monarquía, ya que no tuvo coraje para defenderla. Se sublevó contra la República, a la que había jurado fidelidad y lealtad. Combatió a las «democracias podridas» al lado de Tojo, Hitler y Mussolini, y luego dejó a éstos en la estacada. El actual «niño mimado» de los llamados países libres juega con el comunismo y el liberalismo porque le dejan jugar. ¿A quién le tocará ser traicionado por el traidor Franco?

Nadie ignora que Franco hace intercambios comerciales con los países del Este; que en su discurso de Escombreras ensalzó el régimen totalitario de la U.R.S.S., diciendo: **«Bajo su égida son únicamente posibles los adelantos científicos de Rusia»**; que la vieja guardia falangista exige contactos directos, relaciones diplomáticas y culturales con la Unión bolchevique.

Mientras el sistema franquista camina hacia el ocaso, el mundo se proyecta hacia el porvenir científico-social cargado de promesas.

Hay veces que las cifras son la clave maestra de la historia de los acontecimientos. Hagamos una conclusión del régimen franquista.

Había en España durante la República de trabajadores de todas clases la friolera de 65.000 guardias civiles predispuestos a disparar sobre el pueblo. Hoy, bajo el reinado de Franco la cifra asciende a 295.000 guardias civiles.

Existen en activo 13.000 policías.

Hay 950.000 soldados.

176 generales cuenta el flamante Ejército español que sólo sirve para oprimir a la nación y a su pueblo.

Tenemos a nuestras espaldas nada menos que 52 tenientes generales.

Contamos con 700 coroneles dispuestos todos y cada uno a provocar un nuevo Pronunciamiento, una sanjurjada canallesca y criminal.

Por otra parte, la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, se queja porque no tiene medios para fabricar 30.000 curas que necesita para exportar a las Américas.

Un millón de españoles muertos en la guerra civil. Medio millón de muertos posteriormente a causa del hambre, los fusilamientos y las torturas, 300.000 casas destruidas. Los campos y bosques arrasados. La conciencia liberal, democrática y libertaria desterrada. Técnicamente somos un desastre completo. En inventos y descubrimientos brillamos por nuestra ausencia completa. Culturalmente estamos amordazados. Y cívicamente no tenemos derechos.

mos por nuestra ausencia completa. Culturalmente estamos amordazados. Y cívicamente no tenemos derechos.

A los treinta años de sistema totalitario se declara el Estado de excepción para cubrir nuevos excesos genocidas. Y a renglón seguido se anuncia la Amnistía general por delitos de guerra, perdonando a los que en buena lógica son los llamados a perdonar. El franquismo ha clavado sobre la tierra virgen de España un INRI odioso y repugnante que la historia y el tiempo no podrán borrar jamás.

El régimen franquista se sostiene, pese al repudio general de que es objeto, mediante el aporte de **20.000 millones de dólares** por parte de los EE. UU. de América; pero esta yuda tiene por sólo cometido buscar un interés estratégico, primero y, servirse de España como base político-geográfica, después. Pero el tinglado montado en el aire puede y debe venirse abajo.

El régimen franquista sigue jugando con el pueblo, sin tener en cuenta que, los excesos y abusos se acaban pagando caros. Una realidad es notoria. Se castiga a todos los sectores; es que todo el mundo está situado frente al franquismo. Lo que prueba que la dictadura, después de tres decenios de terror excepcional, no ha convencido, no ha ganado a nadie. La espada deja tras de sí odios y venganzas.

La rebelión estudiantil crece con mayor pujanza. Toma proporciones más agudas. El hecho de que esta rebelión se produzca en un estudiantado netamente capitalista — sólo el 3,3 % de la población universitaria española es obrera, y los estudiantes humildes son muy raros los que terminan sus estudios a resultas de la carencia de medios —, pone de manifiesto que los que hasta ahora fueron «hijos de papá» se vuelven revolucionarios y anarquistas.

La clase obrera no cesa en su labor. Llena de dificultades y macerada constantemente por las represiones, siempre se halla en la punta de lanza de la protesta colectiva y multitudinaria. Por otra parte, los egregios intelectuales se rebelan al comprobar el desprecio que se hace a los verdaderos y positivos valores nacionales, ya que no pueden admitir que la excesiva barbarie y el ciego oscurantismo sofocan la eclosión de la cultura para paralizar la marcha del progreso.

Es completo el divorcio entre la juventud y el régimen. Los representantes del medievo nos han preparado un relevo a base de curas, guardia civil, policías y legionarios, mas no tiene a la auténtica juventud española que sueña con un porvenir más hermoso y fecundo para todos.

Hay que acabar con el Estado de excepción que pronto hará 30 años que viene desgobernando al país. Necesario es establecer un clima de interés solidario que propicie el entendimiento para reconstruir lo que el fascismo ha destruido. Preciso es acabar con la política de los usurpadores y los vencedores, para establecer las bases sociales de los útiles y eficaces al conjunto nacional y exterior. Sólo así podrá encontrar nuestro pueblo la salud y la vida.

España no solamente es un centro de trabajo que debe administrarse a fondo; es una realidad socio-



moral, una fuerza económica, faro de cultura y manantial de arte. El hombre español no debe vivir fuera del mundo como si fuese la tierra otro planeta. ¿A qué se debe este retraso espantoso?

Sesenta propietarios llamados nobles poseen 560.685 hectáreas de tierra cultivable; es decir, una superficie semejante a la que representa la región de Asturias. Toda esta riqueza paralizada es la muerte de la nación. No hay movimientos de capitales, ni explotación industrial propia en escala considerable, ni inventos porque nada se finanza, ni cultivo moderno porque el régimen de ganadería parasitaria y de incultura a todo trapo nos lleva a la muerte lenta. Y si España ha avanzado a causa de los adelantos y progresos de tipo mundial que repercuten hasta en el desierto y en el trópico, comparando la España de hoy con el mundo de los descubrimientos astrales, la cibernética y la tecnología, resulta que en vez de ganar posiciones las perdemos para quedarnos sin barcos y sin honra. Que la honradez popular vive con el tiempo.

Sí, todo lo que sea plantear la solución española en función de un porvenir venturoso y libre contará con nuestra completa cooperación.

Angel Ganivet dijo que cada español aspiraba a llevar en el bolsillo un documento en el que rezase: «Este español está autorizado para hacer lo que le de la gana.» Pero olvidó Ganivet decir que ese documento lo han tenido siempre los propietarios, el Ejército y el clero y que mientras no lo hagamos cisco, no tendremos derecho a ser un pueblo libre e independiente.

Necesario es acabar con lo que nos perjudica y disminuye. Se nos reprocha que no queremos dialogar con los poderosos. Nosotros no somos traidores al pueblo que se suman al botín de las falanges nefandas del genocidio. Puede estar seguro todo el mundo digno de que queremos dialogar en un ambiente sano y respetuoso para todos.

El día que podamos dialogar cara a cara con los que han destruido los valores más preciados de nuestro pueblo, les diremos: «Esta es la paz de vuestros treinta años de crueldad desmedida, de terror excepcional creciente; la paz del paredón de la muerte, la paz del campo donde no se ven hombres para cambiar la faz de la tierra, la paz de la ignorancia y la incultura que es peor que el abismo, la desesperación y la nada.

La rebelión consciente contra la injusticia es la fuerza creadora de los pueblos. Es el nuestro un pueblo reñido con la decadencia. Las tres potencias decisivas del país, es decir, la inteligencia, la moral y el trabajo, comienzan a conjugar sus energías para librar la batalla futura por la manumisión y el Derecho. «España, España es un pueblo que ha querido demasiado», dijo el filósofo Nietzsche. Y ha de ser por su amor y por su trabajo como será liberada y emancipada, ya que mientras el odio y el parasitismo matan y arrasan, el trabajo y el amor forjan pueblos nuevos y hombres libres.

Los movimientos protestatarios del País Vasco, en el curso de los meses de enero y febrero, han sido la demostración de la madurez social de la clase trabajadora. Dignas de mención son las mujeres vascas al defender a los huelguistas con su

solidaridad moral y material. La represión desencadenada por el régimen opresor pone de manifiesto su impotencia y su falta de crédito. Con las armas homicidas de la guardia civil se puede intimidar al pueblo, pero no se puede levantar la economía nacional.

¿Contra quién protesta España? Contra los salarios míseros, contra la violencia represiva, contra las leyes de excepción. Y la protesta es maravillosa porque suma a lo más anónimo, brillante y luminoso de nuestro pueblo. Con la clase obrera están los intelectuales, los estudiantes, los que quieren un porvenir mejor para el conjunto de los españoles.

Los duros del Ejército han impuesto las leyes de excepción, que han ejecutado meticulosamente Carrero Blanco — el hombre negro —, Alonso Vega, Fraga Iribarne, Rodó y demás compinches falangistas. A los 30 años de victoria franquista, el Estado de guerra viene a demostrar que lo que se conquistó por la violencia no se puede mantener si no es por el terror.

Pero viene la época del turismo, el tiempo de las habas cocidas, y hay que dar la impresión de que todo va bien. El sistema de Franco es el imperio de jauja. Además, hay que dar la sensación al exterior de que son buenos chicos, cristianos ciento por ciento y liberales católicos como lo prueban sus actos bárbaros y desalmados.

Hay que fijar posiciones firmes y no jugar al equivoco. El franquismo no quiere ni puede liberalizarse. Quien pacta con él es porque traiciona al pueblo. No habrá después del franquismo soluciones medias. La reacción representada por su Ejército lo ha querido así: el hundimiento del sistema vertical lleva implícita una revolución social profunda para la cual debemos prepararnos convenientemente. Precipitarse es suicidarse. Dormirse cuando la revolución despierta supone enterrarse en vida. Luego hay que prepararse y estar dispuestos para afrontar todas las situaciones.

No creemos en pactos que no pactan ni en acuerdos que no resultan. No hay para nosotros más pacto que el directo ante las situaciones que pueden crearse y que debemos forjar. Las alianzas que sirven de escabel al adversario no son más que conllevancias pesadas y estériles. Lo único que alia es la lucha cuando se lucha de verdad.

La posición de la C. N. T. no ofrece lugar a dudas. Ni dictaduras del hombre ni dictaduras de partido. Estamos contra las oligarquías todas. Queremos el autogobierno del pueblo, la administración de las cosas.

España ha sido y puede volver a ser un ejemplo vivo de auténtica democracia representativa, de federalismo de base humanitarista y popular, con verdaderos derechos humanos y alta justicia social como anunciara ya hace un siglo la Primera Internacional de los Trabajadores.

Nosotros no nos doblegamos. En España existen las condiciones objetivas y psicológicas para reincidir en una revolución de proyección universalista. El mundo está pendiente del decálogo ético-moral que ha de dar el pueblo español.

Cierto es que los pueblos hacen la historia, pero



las minorías despiertas y capaces son las llamadas a desplegar la estrategia del combate emancipador. Hay que hablar a la juventud española el léxico que exige y pide. Acabar con el miedo a la revolución es nuestro deber social. Y este se termina cuando se saben crear voluntades revolucionarias en las multitudes obreras y en los cuadros intelectuales.

El tránsito pacífico, incruento, es un mito como la idea de hacer del idiota Juan Carlos un Príncipe de la estirpe de Segismundo.

Hemos de afirmar las antiguas posiciones porque tienen más fuerza que nunca. El filibustero no tiene nada que ver con nuestra trayectoria revolucionaria y anarcosindicalista.

Es nuestro país federal en la tendencia a la libre asociación; comunista en la organización de la economía colectiva, y libertario porque despoja al gobierno de la dirección de los hombres para dar paso a la gestión directa de los organismos naturales del trabajo.

No estamos con Moscú ni con Pekín, ni con Albania ni con la Habana. Pero estamos con Hungría y Checoslovaquia cuando los hombres exigen sus derechos y los pueblos saben defender sus libertades.

La democracia burguesa, católica, liberaloide y castrada no puede ser puente de plata por donde

pase la revolución social, científica y moral moderna. El diamante corta el vidrio, y el vidrio no corta el diamante. Por eso el diamante no puede tallarse más que con el diamante.

Las grandes transformaciones sociales y universalistas nacen del cogüelmo del corazón del pueblo. Luchemos por la libertad de España. No arriemos nunca la bandera de la manumisión. Seamos audaces como el león, fuertes como los elefantes unidos, buenos como las palomas y sabios como los hombres justos que defienden a los inocentes y los generosos.

Hay momentos en que la revolución es necesaria como la luz del día. Y esa fase estelar llega cuando todo un pueblo unido, por encima de todas las clases, de todas las oligarquías y plutocracias, se dispone a dar un paso firme hacia adelante.

Que nadie nos gane a ser más esforzados. Que la aurora roja del amanecer, el alba de oro del renacimiento revolucionario nos coja despiertos y dispuestos. Al franquismo se le ha puesto «el sol en las bardas». Hay un país que lucha y que no se da por vencido.

Ahora se trata de recoger la gran cosecha para el mayor bien de nuestro pueblo. Los representantes de la revolución socialista y libertaria deben construir el camino de la dicha por donde avance hacia el infinito y lo eterno, la humanidad toda.

## EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

# LOS ILEGALES

El verdadero revolucionario es un ilegal por excelencia.

El hombre que ajusta sus actos a la ley podrá ser, a lo sumo, un buen animal domesticado, pero no un revolucionario.

La ley conserva, la revolución renueva. Por lo mismo, si hay que renovar, hay que comenzar por romper la ley.

Pretender que la revolución sea hecha dentro de la ley es una locura, es un contrasentido. La ley es yugo, y el que quiera librarse del yugo tiene que quebrarlo.

El que predica a los trabajadores que dentro de la ley puede obtenerse la emancipación del proletariado, es un embaucador, porque la ley ordena que no arranquemos de las manos del rico la riqueza que nos ha robado, y la expropiación de la riqueza para el beneficio de todos es la condición sin la cual no puede conquistarse la emancipación humana.

La ley es freno, y con frenos no se puede llegar a la libertad.

La ley castra, y los castrados no pueden aspirar a ser hombres.

Las libertades conquistadas por la especie humana son la obra de los ilegales de todos los tiempos que tomaron las leyes en sus manos y las hicieron pedazos.

El tirano muere a puñaladas, no con artículos del código.

La expropiación se hace pisoteando la ley, no llevándola a cuestras.

Por eso los revolucionarios tenemos que ser forzosamente ilegales. Tenemos que salirnos del camino trillado de los convencionalismos y abrir nuevas vías.

Rebeldía y legalidad son términos que andan a la greña.

Queden, pues, la ley y el código para los conservadores y los farsantes.

**Ricardo FLORES MAGON**



# LA POBLACION

## Y LOS ALIMENTOS EN EL MUNDO

por EMILIO MUSE

**D**URANTE todo el siglo XIX, ha dicho Charles Gide, la doctrina de Malthus servirá para cubrir de obstáculos cualquier plan de organización socialista y hasta a simples reformas tendientes a mejorar la condición de los pobres, porque se dirá que ellas no pueden tener otro efecto que multiplicar los coparticipantes al mismo tiempo que los productos a repartir, y en consecuencia no serviría de nada. (1) La burguesía, en efecto, ha sabido aprovechar con gran habilidad los trabajos de sus instrumentos intelectuales como los de investigadores independientes para justificar sus sistema de explotación. Charles Darwin, algo más tarde, había de ser utilizado también, definitivamente comprobado a partir de la obra de Kropotkin. (2) En los últimos años se ha venido replanteando el viejo problema de la población con el evidente propósito de ofrecer algunas explicaciones más o menos satisfactorias al mundo famélico y defraudado de postguerra. La presión, visible e invisible de las enormes multitudes que creyeron luchar por una vida mejor, y el amenazante crecimiento demográfico del continente asiático son, quizá, los factores principales que han impulsado al sistema capitalista a popularizar este complejo asunto. Actualmente se calcula que la humanidad cuenta unos 2.300 millones de componentes. En el caso de que la población mundial continuara aumentando en la misma proporción prevaleciente entre 1900 y 1940, para el año 2240 la Tierra tendría más de 21.000 millones de habitantes. Cada año, pues, se suman de 20 a 25 millones de personas. Diariamente se incorporan de 55 a 75 mil bocas que hay que alimentar.

El cuadro, como es natural, no deja de ser alarmante, y aprovechando estas cifras producidas por los técnicos, algunos espíritus sombríos han renovado los amargos presagios que nos legara el sacerdote inglés. Desde que en 1798 Robert Malthus publicara anónimamente su teoría famosa, los estudiosos de diferentes disciplinas coincidieron en reconocer la exactitud de su planteo en lo que se relacionaba a la naturaleza multiplicativa de la población. Pero la teoría malthusiana tiene una doble cara, peligrosa y audaz, porque ella se basa en una sorprendente insuficiencia de conocimientos, de estudios especializados y de estadísticas correctas. Para Malthus, la población crece de manera geométrica (1, 2, 4, 8, 16, 32, etc.), mientras la producción sólo crece de manera aritmética (1, 2, 3, 4, 5, 6, etc.). En esta diferencia residía, a su juicio, el

secreto de la miseria del pueblo, y en consecuencia recomendaba, entre otras cosas, que los hombres se mantuvieran célibes hasta pasados los 30 años, y a los obreros que se casaran cuando se sintieran responsables de una prole de seis. Su pesimismo sobre los recursos alimenticios y la frescura de sus recomendaciones sexuales despertaron una gran oposición, pero como se ha escrito tantas veces, Darwin fue el primero que, con una sólida base científica, asestó un poderoso impacto a la teoría cuestionada. Darwin demostró que no solamente la especie humana, sino también los animales y los vegetales, de quienes nos alimentamos, crecen geométricamente. Las investigaciones del sabio inglés destruían, prácticamente la mitad de las suposiciones de Malthus. Fourier, por otra parte, había tratado de introducir un factor de equilibrio en el proceso de crecimiento demográfico, afirmando que «la población crece en razón inversa de la alimentación». Las observaciones recogidas desde entonces confirman ampliamente la afirmación del sociólogo francés. Y en todo este siglo y medio, estadísticas más seguras, control cuidadoso de las curvas demográficas por países y regiones, censos más dignos de confianza, etc., como asimismo un más inteligente cultivo y conservación del suelo, la construcción de grandes represas y el avance general de la ciencia, en fin, ofrecen una perspectiva más prometedora para el género humano, si éste quiere forjarlo en realidad.

Sin embargo, hay quienes pretenden esquivar hasta los más indiscutibles atenuantes y en el colmo de un histerismo condicionado, llegan a proponer que se deje libre curso a las enfermedades y las pestes para que sus estragos actúen como reguladores de la población. Es decir, un soterramiento de la ciencia, como el de la filosofía en la edad media. Si reventara media humanidad, estos hombres se quedarían al fin contentos. Y claro está, quienes debieran reventar son las hambrientas multitudes de Oriente.

Negar los difíciles y complejos problemas que plantea el crecimiento de la población, sería, naturalmente, adoptar una posición suicida. Pero la gravedad de las consecuencias no debe impedir el análisis más sereno de las causas. Es preciso proyectar la mirada sobre el conjunto de los fenómenos, relacionando al hombre con la tierra y a am-



bos con la ciencia que ahora tiene el mundo a su disposición. Después de todo, ni el crecimiento ni la desnatalidad son cosas nuevas en la historia. En Atenas exponían a la intemperie a las criaturas que acababan de nacer, y Aristóteles opinó que el Rey Minos de Creta introdujo aberraciones sexuales en su país con el objeto de prevenir, como los atenienses, los inconvenientes de la superpoblación. Esparta, en cambio, que vivió cultivando las aptitudes físicas de su pueblo, mermó el índice de su natalidad y lentamente desapareció como fuerza en el mundo antiguo. Roma, en el esplendor de su poderío, pagaba a los padres de familias numerosas para impedir los inconvenientes de la despoblación...

Pero esta no debe ser época de atenienses ni de romanos. El hombre es capaz de regular su propio crecimiento y el de otras especies animales además. Estas mentalidades sombrías que querrían continuar con los procedimientos bárbaros, hacer el juego, al sistema capitalista que se resquebraja. Su propaganda angustiante quiere ensombrecer las más caras esperanzas del mundo de postguerra, tiende a restar asidero a las soluciones fundamentales que se reclaman y se propone filtrar un fanatismo biológico y ecológico frente al que nada podrían la ciencia y la voluntad de los hombres. No seamos suicidas, pero pretendamos que estamos obligados a ser asesinos.

La causa fundamental del crecimiento de la población mundial se encuentra en la declinación de la mortalidad. Las verdaderas eclosiones demográficas que se sucedieron a lo largo de nuestra era semi-industrial con el resultado de una lucha victoriosa contra las enfermedades y las muertes prematuras. Los progresos de la medicina, la extensión de los principios higiénicos, la modernización de las ciudades y una más adecuada alimentación, contribuyeron a prolongar la vida del hombre y, en consecuencia, la amplitud y la profundidad de la cultura general. Se ha calculado que el promedio de vida en la Europa del siglo XVIII era de unos 33 años, mientras que en la actualidad países como Dinamarca acusan 60 y Suecia 63 años. Como lo afirma categóricamente Kingsley Davis: «Si se debiere a la natalidad, habría manifestaciones en ese sentido; pero no hay pruebas de que en ninguna parte importante del mundo hayan crecido en la época contemporánea los coeficientes de natalidad, sino que abundan pruebas de lo contrario» (3). Grandes áreas del mundo, efectivamente, tienen una población estacionaria o declinante. Casi toda Europa se encuentra comprendida en esta situación. Francia ya es un caso crónico. Inglaterra contará con algunos millones menos dentro de algunos años. Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda se encuentran en la situación del noroeste de Europa. El coeficiente de natalidad de la población blanca de EE. UU., por ejemplo, estimado en 55 por cada 1.000 habitantes en 1880, disminuyó a 30 en 1900 y hasta alrededor de 18 en 1940. La población norteamericana comenzará a descender antes de fin de siglo. El Japón mismo, que ha duplicado su población en el término de 60 años, comienza a mermar el coeficiente de natalidad.

En 1945, Churchill reveló las preocupaciones ofi-

ciales sobre el descenso señalado al dirigirse a la Comisión Real de la Población: «Nuestro país espera un fundamento siempre abundante de niños saludables, nacidos en la que estamos seguros será una sociedad más amplia y tolerante, y un mundo menos perturbado... En Canadá, por la misma época, se establecieron pagos mensuales a los padres de niños menores de 16 años que significaban una erogación de 200 millones de dólares. Y Alemania e Italia, que se quejaban del exceso de población, no procedieron a la inversa, sino que, por razones militares, fomentaron las familias numerosas como tantos países de Occidente lo hacen ahora. Pero ningún parche económico podrá detener la declinación en el coeficiente de natalidad. Ella obedece a causas poderosas y complejas, todavía no desbrozadas totalmente. La tendencia es evidente, y ella está en marcha.

A medida que el mundo se moderniza y que la cultura se extiende, las grandes concentraciones urbanas tienden a disminuir la natalidad. El sentimiento de independencia de la mujer y su puesto ya ganado en la vida social; los anhelos individuales de conocimientos y confort; la práctica del amor sin peligro de fecundidad y otras causas, han influido para que las familias urbanas se conviertan en el polo opuesto de las familias rurales. Por otra parte, el principio de que la población crece en razón inversa de la alimentación, de que hemos hablado, ha influido en gran medida en el mundo occidental. Es un hecho que cuánto más abundante y variada es la alimentación, menor es el crecimiento de la especie. Esta ley de equilibrio de la naturaleza no es patrimonio de los hombres únicamente. Ella ha sido comprobada a través de las observaciones en la vida de los animales y en los experimentos de laboratorio. Josué de Castro, el catagórico de «Geografía del Hambre» ha insistido terminantemente sobre el particular en sus recientes conferencias en el Colegio Libre de Buenos Aires.

La miseria, el hambre, la promiscuidad y la ignorancia, son los mejores abonos para un crecimiento demográfico acelerado y de nocivas consecuencias. Ahí están los pueblos oprimidos y subalimentados de Asia para demostrarlo, con una India de más de 400 millones de habitantes, de los cuales un 45 % muere antes de llegar a los 10 años. El día que los pueblos asiáticos asimilen los conocimientos que ya son populares en Occidente, cuando eleven su *standard* de vida y conozcan las ventajas y el placer de la existencia moderna, también tenderán a marcar un compás en el crecimiento de sus poblaciones. El mundo es bastante ancho para una población mucho mayor que la actual, y en todo caso la experiencia nos demuestra que la humanidad no tiende a crecer hasta el límite de su capacidad productiva.

Las estadísticas relacionadas con la población pueden ser dignas de confianza a pesar de los márgenes naturales de error. No podemos afirmar lo mismo, en cambio, sobre la producción de alimentos. Una población se controla fácilmente a través de censos, registros de nacimientos y defunciones, etc. Una producción que en vez de basarse en las necesidades, se orienta por las cotizaciones, sólo



se conoce a medias. Los estudiosos que han calculado la capacidad productiva del planeta nos han dado cifras harto contradictorias. Sobre este punto jamás logran ponerse de acuerdo. Cuando se manejan cifras demográficas, pesimistas y optimistas llegan pronto a un punto de conciliación. Cuando se mencionan los recursos, las opiniones resultan separadas por diferencias de envergadura. Para algunos, la tierra podría producir alimentos para unos 5.000 millones de personas. Otros calculan para 8.000 millones. Unos terceros creen posible ofrecer lo necesario a 11.000 millones. George Nicolai se aparta violentamente de estas cifras afirmando que la humanidad puede crecer hasta los 20.000 millones, hasta la terminación del periodo agrícola que vivimos, y que después, en una etapa que denomina energética, nuestra especie podría seguir multiplicándose mucho más todavía. (4).

Los pesimistas han observado que cálculos tan optimistas como los de Nicolai no ofrecen un fundamento detallado, y en parte tienen razón, pero ellos no proceden de otra manera. Nicolai arranca de un punto de vista científico e internacionalista, considerando al planeta como una unidad productiva, sin inconvenientes artificiales. Los pesimistas se afirman sobre una base grandemente falsa, teniendo en cuenta el modo de producción actual y como si las relaciones humanas debieran ser eternamente las mismas.

Es conveniente insistir en que no han sido los científicos ni los profesionales quienes dirigieron la operación de laboreo de la tierra desde las grandes explosiones demográficas, sino los mercaderes, que se apoderaron de continentes enteros y los saquearon. Con la sola meta del lucro, ambiciosos y bárbaros, talaron las selvas y los bosques sin reforestar un solo árbol jamás, destruyendo el equilibrio fatigosamente logrado por la naturaleza, modificando los climas y erosionando el suelo. Ellos sembraron donde debía haberse criado la ganadería, y criaron la ganadería donde debía haberse sembrado. Perjudicaron regiones enteras con la práctica del monocultivo, como buenos productores para la exportación, y abandonaron otras a la acción erosiva de los vientos y de las precipitaciones pluviales. Degradando a las poblaciones nativas, tierras productivas cayeron en abandonototal.

Por otra parte, el sistema mundial de explotación del suelo sigue siendo individual, en una época en que sabemos que no es posible obrar arbitrariamente en una parte sin perjudicar a la otra, naturalmente en el marco de cada región económica. La inmensa mayoría de los campesinos, por ignorancia y por falta de recursos, no emplean los métodos modernos de cultivo y de abono o los de mecanización de las tareas rurales. La lucha contra las enfermedades, las pestes y los insectos, es todavía insignificante. La O. A. A. ha calculado que solamente los roedores, los gorgojos y otras plagas destruyen unos 65 millones de toneladas de grano del mundo por año, más que el suministro total de trigo y centeno para toda Europa antes de la Gran Guerra.

Grandes cantidades de alimentos perecederos se pudren en los lugares de cosecha por falta de oportu-

nos medios de transporte. Otras más se arrojan a las aguas para mantener altos los precios del mercado. Y en el siglo de la energía atómica, todavía existen países que deben utilizar los cereales como combustibles...

La enumeración podría continuar.

Todo este sistema contradictorio y absurdo no puede constituir la base de un cálculo correcto. Cualquier apreciación sobre el futuro debe apartarse de los desastres y las estupideces del régimen de la propiedad privada. El hombre se ha adueñado de fabulosos conocimientos científicos capaces de modificar el mundo. Sus recientes aplicaciones sobre la agricultura, a la conservación del suelo, a la lucha contra las enfermedades y los insectos, etc., han culminado en realizaciones valiosísimas. Al respecto es altamente demostrativo el caso del ex «Duist-Bowl», en los EE. UU., que está produciendo en la actualidad más grano que antes de que se convirtiera en un páramo inútil. La construcción de grandes represas ha impedido y seguirá impidiendo que las grandes corrientes se desborden y destruyan, como antes, plantaciones y poblados, con el agravante de que arrastraban hacia el fondo de los océanos la riqueza mineral de la tierra. El gran trabajo de defensa de la tierra ha comenzado ya, y nada falta para proseguirlo, salvo la organización racional de los pueblos. El mar nos ofrece incalculables riquezas que esperan ser aprovechadas, y ya se habla de extraer proteínas de las plantas microscópicas que forman el plankton de los océanos. La reproducción del proceso fotosintético haría posible, en fin, la creación de nuestro propio alimento, en lugar de depender enteramente de la naturaleza.

Fawcett opina que de los 36.000 millones de acres de la tierra, un 30 % es climáticamente adecuado para la producción de alimentos; Pearson y Harper asignan un 34 % para el área que recibe una cantidad de lluvia adecuada. Fraslon afirma que solamente un 10 % es utilizado para la obtención de alimentos, y Pearson y Harper que sólo un 4 % es utilizado para la obtención de cosechas alimenticias para el hombre, esto es, excluyendo el heno, barbechos, etc. (5).

No subestimemos los problemas creados por el crecimiento de la población, pues de dos terceras partes de la humanidad, una está mal alimentada y la otra se muere prácticamente de hambre. Pero impidamos que se propaguen sin réplica las criminales divulgaciones del capitalismo. Si, en última instancia, no tratarán ahora de justificar la miseria, mañana querrán con ellas justificar la guerra, lo cual es doblemente peor. Los pueblos deben saber que los recursos del mundo son cuantiosos, y que ellos pueden disponer de la ciencia y la técnica para aprovecharlos. A pesar de los fantasmas que nos agitan frente a los ojos, no retornaremos a la antropofagia...

(1) Historia de las doctrinas económicas.

(2) El apoyo mutuo.

(3) Corrientes demográficas mundiales.

(4) Biología de la guerra.

(5) La salida, John Russel.



# A PROPOSITO DE UNA PRETENDIDA CIENCIA DE LA REVOLUCION

por ANDRES PRUNIER

¿Una cosa es verdad cuándo consiguen hacérsela creer o cuándo una inteligencia esclarecida, desinteresada, sin pasión, llega a diputarla verdadera tras un examen minucioso de los hechos? En el primer caso, se glorifica la mixtificación como función creadora: son sus leyes, leyes de la propaganda, de la publicidad — de la «dialéctica» como arte de sugestionar los espíritus — las que conviene estudiar, y no las de la objetividad y la lógica severa.

La primera de todas esas leyes dialécticas parece ser la siguiente: la opinión pública acaba siempre perteneciendo a la teoría **que es socialmente necesario profesar para vivir**, vale decir, la adaptación general a un sistema social determinado por la conveniencia utilitaria; esa teoría, impuesta por la fuerza material, se convertirá a su vez en una fuerza material también, nacida del condicionamiento de los individuos a la nueva realidad social en formación.

Haced recitar el credo antes de dar el plato de sopa; el alma simple no tardará en ver en la sopa la verificación misma del credo. Una inteligencia más sofisticada encontrará la manera de evadirse — forjándose una convicción justificadora — del desprecio de sí mismo que entraña el hecho de haber vendido por un plato de sopa el derecho y el deber que tiene cada individuo de ejercer la autonomía de su conciencia.

Si es necesario, el intelectual, el privilegiado de la inteligencia, llegará a persuadirse de que sería egoísta de su parte negarse a la proclamación de una fe que aporte a los «humildes», por la virtud del pragmatismo social, el consentimiento de la cabeza y del vientre. Por eso se apresurará a sacrificar su privilegio sobre el altar de la comunidad, tranquilizado interiormente por el hecho que, procediendo así, cediendo así, nada pierde de su poder social; por el contrario, cambiando la austeridad y dudosa búsqueda de la verdad contra la creación previa de la propaganda, de una verdad activa e intensa, habrá trocado los atributos modestos del investigador por los heroicos y gloriosos del profeta. Por mi parte, no acepto esa pretendida ciencia revolucionaria que se lanza sobre la eficacia inmediata como sobre una prueba y que se apresura a «cambiar el mundo» para no tener que «interpretarlo». Primeramente, porque cambiar el mundo a todo precio y en el sentido de la menor resistencia de las cosas, signifique probablemente

envilecerlo y degradarlo; en segundo lugar, porque el pensamiento, para orientar de manera válida la acción, debe suspender o, cuando menos, limitar la acción. Es menester realizar la experiencia, metódicamente instituida y metódicamente controlada, antes de proclamar los resultados. De esta labor es de la que se ocupa menos la pretendida «ciencia de la revolución». En vez de lanzar a todo trance a la humanidad en la «praxis» revolucionaria, me parece necesario mantener o restablecer una separación entre el pensamiento crítico y la acción. La acción, es cierto, no podrá ser separada de motivos emocionales, de objetivos prácticos impuestos por la necesidad, la pasión, el temor, etc... Pero el hombre puede establecer distancias con relación a su ser instintivo, y es justamente en esta situación en la que él debe formular juicio de valor o de realidad. El pensamiento es ahí el silencio de las pasiones y también la acción diferida, el reflejo interrumpido, el comportamiento desprendido del condicionamiento. «Interpretar el mundo» es una función autónoma, teniendo su valor en sí misma; «cambiarlo» es una función, plazada bajo el control de la primera. Una especie de separación de lo espiritual y lo temporal se instituye, distinción rechazada por el pragmatismo soreliano, el intuicionismo bergsoniano y el marxismo. Este último confunde «dialécticamente» la «crítica por las armas» y el arma de la crítica, mezcla el «cambiar el mundo» por su interpretación y subordina lo segundo a lo primero.

Esta situación nos conduce a esta abdicación vergonzosa del espíritu humano cuya fórmula es la apuesta de Pascal: «Si concedo a Dios la fe y resulta que no existe, no pierdo nada; si existe, lo gano todo. Si no concedo mi fe a Dios me arriesgo a ir al infierno si resulta que existe.» La apuesta de Pascal, renovada por tantos intelectuales contemporáneos hacia el Dios-Stalin o sus iguales de otras partes, se reduce en última instancia a este cálculo: lo que importa no es contradecir a los poderosos, mientras que es interesante contradecir a las gentes que nada tienen que ver en la retribución de méritos o desméritos ideológicos. Si la creencia de Stalin-Dios o en la U. R. S. S.-Paraíso se recompensa con satisfacciones inmediatas o previsibles — de orden moral o material — y si el descreimiento o la herejía se castiga en este mundo o en el otro, es decir, en el presente o en el porvenir; si, además,



el ateísmo vis a vis de Stalin no ofrece idénticas ventajas, positivas o negativas, resultará que todo hombre dispuesto a hacer políticamente la apuesta de Pascal, se volverá hacia Stalin, danto la razón, al mismo tiempo, a la teoría marxista de la mixtificación creadora, ya que aportará a Stalin y a la U. R. S. S. la fuerza necesaria para suprimir todo el elemento de comparación que permitiera al espíritu humano negar el carácter genial del padre de los pueblos y la naturaleza paradisiaca de su régimen.

Hay que señalar que las democracias occidentales, para desviar los espíritus de semejante adhesión al stalinismo, no han podido encontrar otro remedio que proponer una apuesta «más ventajosa» que la de sus enemigos, profetizando una victoria del lado americano y anunciando a la vez premios y castigos para los que tomen partido por o contra él en el plano ideológico o crítico. Esta actitud de la razón al marxismo, al stalinismo y al totalitarismo sobre

el método y sobre el fondo filosófico del problema. El americanismo es también un pragmatismo idólatra de la fuerza. En efecto, la cuestión de saber si una cosa es verdadera queda subordinada en un caso como en el otro a una apreciación de la fuerza real o virtual del partido al que afirma o al que niega. Una cosa que «será cierta», si dispone de la fuerza de las bayonetas, «ya es verdadera», dialécticamente hablando.

Para ser un hombre digno del nombre de tal, hay que separar el deber del hecho, y aislar el juicio resultante del interés práctico. Hay que saber defender de todo corazón la causa que se sabe perdida, o la que se sabe que tiene menos probabilidades de vencer. (El stalinismo no admite «chances» ni «posibles» diversos, sino un solo «posible»: el que se realizará). La autonomía de la razón sólo puede plantearse por el desprendimiento de los juicios de valor con relación a los juicios de realidad o de probabilidad.

# IGUALDAD

**IGUALDAD** es la opción a desarrollar las actitudes humanas hasta el límite posible. Al hablar de la igualdad universal, cabe puntualizar lo que por igualdad concebimos y entendemos. Los hombres nunca serán iguales en todos los aspectos de la vida, ya que esa igualdad o tabla rasa, supone uniformidad.

Cada hombre tiene una inteligencia propia, parecida a la de los otros hombres, no idéntica. Otro tanto ocurre respecto a la estatura y a las necesidades físicas. Pretender llevar la igualdad a esos extremos sería pueril, cuando no suicida.

Busquemos la igualdad en la variedad; es decir, en el conjunto de factores que forman parte de la naturaleza con el objeto de hallar una mayor perfección. Imposible se hace llegar a la igualdad relativa sin haber conseguido previamente la libertad que precisamos para vivir como hombres conscientes y racionales.

El hombre tiene derecho a ser igual a sus semejantes en todo aquello que la naturaleza ofrece para todos sin distinción: en el goce de la felicidad, en el esfuerzo por mejorar la vida común y en el disfrute del derecho que concede la ética del contrato social.

La era expansiva y conquistadora pasó con el tiempo. Lo esencial ahora es cristalizar una síntesis acerca de lo que conviene hacer de la abundancia productiva, para elegir el sistema equitativo que nos permita vivir y desarrollarnos en un clima de

mínima violencia y de mayor seguridad. Se produce para que el hombre viva disfrutando con optimismo y holgura, no para atesoramientos particulares que perjudican el interés de la sociedad. Todas las riquezas deben estar al servicio del hombre; nada debe negarse a su progreso y bienestar. Cuando un sistema humilla y somete al género humano, cabe buscar una nueva forma de vida más equitativa y fraternal. Lo muerto debe ser enterrado para que las nuevas generaciones puedan alcanzar una existencia sana y dichosa. Un mundo libre, o ninguno. Tal es el dilema que nos plantea la lucha presente. No escuchar este imperativo es renunciar a vivir dignamente.

Las fuerzas de la ciencia, el trabajo y el progreso social nos señalan el camino a seguir. Se oponen a esta síntesis, conciliadora y evolutiva, los prejuicios patrióticos mal comprendidos y peor aplicados, las fronteras artificialmente levantadas y los dogmas ancestrales que todavía encadenan a los hombres. Urge integrar los conceptos abstractos del hombre en una síntesis universal y humana. La evolución nos obliga a optar por el bien, o por el mal. Puestos a decidir, nuestra elección no puede ser entre totalitarismo de derecha o izquierda, sino entre despotismo y derecho: o coerción brutal o libre examen; o la esclavitud de los pueblos o la cooperación de los hombres en la ciencia, en el trabajo y en la convivencia general para luchar en beneficio de todos.



# El mismo hombre en otra tierra

¿Qué más quieres caballero?  
Decía  
Rafael Alberti:  
Un par... de mulas  
y un cristalino silencio;  
¿Qué más quieres, caballero?

*Otra tierra y otro mundo, otro cielo  
al que no irán nuestros niños, los famélicos,  
los famélicos,  
los estáticos, los uncidos  
al carro de boñigos y de mendrugos,  
con barrigas infladas y morenas  
y labios heridos por una risa sobornada.*

*Nunca han ladrado más, ni más afiladamente,  
los perros esqueléticos de España,  
que después de tu muerte y hasta ahora.  
Una locura táladrante nos ha inducido a llamar  
con nudillos desangrados,  
en todos los vientres.  
de todos los desiertos y de todas las rosas.  
Y con imbecilidad mariana  
hemos llamado también en los vientres leñosos  
de las vírgenes bonitas  
que se hacen más inhumanas ante la sordidez  
de la bofetada al hombre rojo,  
cuando son rojos aquéllos pocos valientes  
iluminados de razones  
e ideas puras,  
que no se postran ante la ignominia,  
ni prestan sus huesos chirriantes de rabia  
a ese yugo que a ti te costó  
lo que ahora entre el polvo,  
don Antonio.  
¡Don Antonio! Pan nuestro de cada hora,  
sospechado en el trigo y la uva,  
la oliva y el centeno,  
la naranja y el esparto*

*y descubierto en esta soledad abierta a todos.  
¡Don Antonio, que te quedaste sin España  
cuando España quería mirarse en tu pecho  
y verse toda de blanco, niña y prometedora!*

*Pensamos en ti, con tu umbrosa gravedad,  
transportado al hondo rumor que dice cumbre,  
llorando por nuestra acongojada e inconsolable  
flora ibérica.*

*Pensamos en ti, suplicándote esa margarita  
que brota en la garganta de tu tumba,  
con una necesidad incommensurable de ser nave  
de tu agua pequeña e infinita.*

*¡Don Antonio, que estás en la tierra,  
Machado sea siempre tu nombre  
y tu voluntad de cantor melancólico y sereno  
de Castilla,  
sea hecha en esa piel de toro reseco y soterrado,  
para que los niños de la luz  
despierten varonilmente al alba de todas las ciudades.*

*¿Descansas tú?  
No. Tu corazón perplejo no descansa.  
No descansa el cielo cuando truena,  
ni el mar cuando los ríos se desbordan.  
No descansa el espíritu enseñoreado del jazmín  
cuando salpica de nuevo la sangre un mundo  
de inmediato venidero.  
¡Un álamo español fuera de Castilla, sí!  
¡Y eres tú, don Antonio, de aguas hondas  
y de alientos!  
Pero nosotros, los tuyos,  
compondremos con cánticos y brazos indecibles  
los cauces del blando Guadalquivir  
y del duro Duero!*

ABARRATEGUI



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# DESPERTAR

por EUGEN RELGIS

La luz se desvanece en ondas mansas  
en el lago translúcido:  
copa entre las montañas cinceladas  
por la diáfana mano de lo eterno...

Se derraman los rayos del corazón solar,  
filtrados por encinas seculares  
bajo las cuales llevo mi carga de pensamientos;  
pero todo, las ansias y tormentos  
se esfuman como ensueños  
en las aguas azules que palpitan  
como la sangre ardiente.

Los rayos se derraman, las olas se persiguen  
y no obstante  
el paisaje es el mismo en torno mío —  
tan etéreo y tan puro, con picachos  
de coronas nevadas —  
y con bosques frondosos sobre el pecho,  
y pequeñas aldeas que anidan en las faldas,  
absorbiendo el olvido  
y la paz,  
sin estorbos, sin máculas,  
en la copa del lago...

Flotan lentos los botes diminutos  
y los remos parecen sacar escamas de oro;  
dos veleros plateados  
vienen en la fragancia de la brisa  
como gaviotas que aletean suaves,  
como seráficos cisnes  
que se deslizan bajo  
el incesante hechizo del amor...

¡Qué sereno es el cielo  
con las nubes que viajan sobre abismos!  
¡Qué suave es la neblina en que dormitan  
las montañas gigantes empinados  
y ya petrificados para siempre!  
¡Qué felicidad tierna es la del mundo:  
con los guijarros de la playa juegan  
los niños y los jóvenes, desnudos,  
desnudez de la vida,  
nadan en la alegría de ser libres!

¡Qué pena es para mí la soledad  
del hálito que vibra sobre el agua,  
que se filtra en las ramas y se alza hacia  
las cumbres fulminadas allá arriba!

...¿Por qué, sin darme cuenta, te has quedado,  
perro-lobo, aquí cerca del banco  
donde yazgo perdido, ajeno a mí?  
¿Por qué me miras, pobre vagabundo,  
con tus ojos tan blandos, tan humanos?  
Parece que quisieras murmurarme,  
decir una palabra, si pudieras,  
algo divinamente dulce, «hermano».

Todo el hechizo se esfumó de pronto...  
El paisaje es el mismo junto a mí  
— pero siento otra vez en el camino  
un frager de crujidos y de aullidos  
y el corazón de acero de las máquinas —  
cómo pasan en duras sacudidas  
los convoyes de armas,  
soldados y soldados a los valles  
que están al otro lado de las sierras,  
hacia el infierno ciego y horrisono  
atestado  
de llamaradas y de vahos de azufre,  
de odios y de muerte.

¡Apocalipsis!  
La tierra se sacude:  
viene el último día,  
ya se acerca,  
ya más cerca, más cerca...

...Se derrama la luz sobre las ondas,  
un bote se desliza fantasmal.  
¿Por qué me estás mirando compasivo,  
oh, perro vagabundo, perro-lobo?

Lago de Annecy (Alta Saboya), 2 de septiembre de 1939, al estallar la Segunda Guerra Mundial.

(Versión castellana de Pablo R. Troise)



## UN POETA DEL PUEBLO

# Romance de la Guardia Civil

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
En las esquinas, banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche,  
noche que noche nochera.

La Virgen y San José  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida

con un traje de alcaldesa,  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna soñaba  
un éxtasis de cigüeña.

Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
Por Jerez de la Frontera.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
En las esquinas, banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la benemérita.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar,  
sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja  
una vitrina de espuelas.

La ciudad, libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.  
Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas.

Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras,  
dejando detrás fugaces  
remolinos de tijeras.  
En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia Civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrian  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra,  
el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
La Guardia Civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Que te busquen en mi frente.  
Juego de luna y arena.